Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

NOVELA INEDITA

Man S. War

Cuando los dioses rugen



EDICIONES FORUM

INCLUDEPICTURE "E:\\LIBURUAK\\BILTEGIA\\000 LIBURU ESKANEATUAK\\Galaxia 2000\\Galaxia 2000 Nº 24 Man S. War - Cuando Los Dioses Rugen\\media\\image1.png" * MERGEFORMATINET

Man S. War

Cuando los dioses rugen

INCLUDEPICTURE "E:\\LIBURUAK\\BILTEGIA\\000 LIBURU ESKANEATUAK\\Galaxia 2000\\Galaxia 2000 Nº 24 Man S. War - Cuando Los Dioses Rugen\\media\\image2.png" * MERGEFORMATINET

Man S. War

Cuando los dioses rugen

EDICIONES FORUM

1.ª edición: mayo 1985
Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88 planta 5.ª 08008 Barcelona.

ISBN: 84-7598-137-2
Depósito Legal: M. 17.372-1985
Fotocomposición: Ungraf, S. A.
Pujadas, 77-79. 08005 Barcelona
Impresión: Gráficas FUTURA, Sdad. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo, 21-23.
Fuenlabrada (Madrid)
Printed in Spain - Impreso en España, mayo 1985

1

La nave está detenida, inerte, en el oscuro espacio. Pende, aparentemente indefensa, sobre un bello planeta verdoso. En su interior, las dependencias parecen vacías.

No es así.

Perfectamente instalados, cada uno en su cubículo, sus tripulantes están inmersos en un profundo sueño.

El silencio es absoluto.

Se despertó de súbito, bajo un sol abrasador. Parpadeó, deslumbrado.

Vestía un mono enteramente blanco, de un extraño material sintético y de tacto sedoso.

Un solo pensamiento martilleaba su cerebro: Nice Drummer.

«Mi nombre es Nice Drummer.»

Código de Identificación Tres-Seis-Cuatro-Seis-Dos-Cinco.

«364625»

Edad aproximada, quince años.

Con la mano a guisa de visera echó un vistazo alrededor. Las dunas calinas se extendían hasta donde alcanzaba su mirada. El aire era espeso, asfixiante. En el claro firmamento brillaban dos soles gemelos, rojos e inflexibles. El muchacho respiró hondo. De su cuello pendía una pequeña placa metálica, de dorados reflejos. Advirtió que llevaba indeleblemente grabado su número de identificación.

« ¿De dónde procedo? —pensó—. ¿Cómo sé mi nombre? ¿Quién me ha enviado aquí y con qué objeto?»

Se puso en pie, extrañamente sereno.

Decidió subir hasta el más inmediato montículo para ampliar su campo de visión.

No era exactamente arena la superficie. Sin embargo, caminar por ella resultaba igualmente trabajoso.

Ya en la cima, advirtió que por el horizonte acercábase una espesa polvareda.

Le invadió una cierta sensación de alivio.

Aquel extraño lugar, estaba habitado, después de todo.

Se parapetó a la espera de acontecimientos.

Poco a poco, pacientemente guarecido, fue distinguiendo detalles.

Tratábase de un ejército variopinto y desastrado. Lo componían unos mil hombres de facciones mongólicas, montados en pequeños caballos de larga crin. Vestían pobremente, con harapos sucios y gastados; calzaban sandalias de cuero. Cubrían sus largas y sucias melenas con gorros de piel. Iban a un suave trote que los diminutos corceles parecían asimilar perfectamente.

Quinientos metros más atrás, aparecieron multitud de carromatos, de distinta concepción y tamaños. Algunos eran de metal y asemejaban tortugas gigantes deslizándose sobre las ardientes colinas. Otros eran de madera, cubiertos de lonas. Tiraban de ellos unos burros zanquilargos y esmirriados.

«Curioso espectáculo», pensó Nice.

Algunas mujeres y niños caminaban, a buen paso, junto a los carromatos. Los ancianos conducían los jamelgos.

Nice tuvo, súbitamente, una visión inolvidable.

Caracoleando entre su pueblo, montado en un bellísimo caballo blanco, distinguió al que sin duda era el jefe de aquel pueblo nómada. Su sola visión produjo en Nice una dolorosa opresión en el pecho.

«Te conozco —pensó—. No sé quién eres pero te conozco».

Tratábase de un hombre joven, alto y corpulento. Sus dorados cabellos volaban al viento. Cubríase con un gorro vikingo, armado con aguzadas astas de alce. Cubría su pecho poderoso una coraza de bronce y su mano empuñaba una espada afilada y corta.

Nice le oyó gritar unas órdenes ininteligibles.

La caravana se detuvo.

Nice vio cómo los guerreros dejaban lentamente sus monturas y las iban agrupando alrededor de un poste de madera que, a modo de enseña, clavaron en el desierto.

Alrededor de este punto fueron también emplazándose los carromatos. De algunos de ellos extrajeron primitivas tiendas de campaña. Al rato, ardió una hoguera.

Nice alzó la vista al cielo.

Los dos soles rojos desaparecieron rápidamente en el horizonte. Leve, casi imperceptiblemente, distinguióse un nuevo astro en el firmamento: una enorme Luna, de color verde, fue tomando forma.

Las hogueras brotaban como por ensalmo.

En el centro del improvisado campamento surgió una inmensa tienda de campaña, de color blanco. El hombre alto, de dorados cabellos, desapareció en su interior.

Rápidamente se formaron pequeñas patrullas.

Nice las vio dirigirse a tomar posiciones en las pequeñas dunas que rodeaban el campamento.

Una de ellas se dirigía directamente hacia él.

Curiosamente, no tuvo pánico.

Tenía una extraña sensación de inmunidad.

«Quienes me hayan enviado aquí —pensaba— no pueden haberlo hecho para dejarme morir. No tendría sentido.»

Antes de que llegaran hasta él y le descubrieran, se puso en pie y alzó los brazos.

— ¡Paz! —gritó—. ¡La paz sea con vosotros! ¡Mi nombre es Nice

Drummer!

Vio cómo su inesperada aparición les sobresaltaba. Uno de ellos, el más chaparro, cargaba un primitivo arco con una tosca flecha.

— ¡No! —gritó Nice, súbitamente alarmado—. ¡Vengo en son de paz!

El guerrero disparó su arco. El proyectil se estrelló en el pecho de Nice. Sintió un dolor inmenso.

Su cuerpo rodó por la colina.

Los guerreros le rodearon impasibles, cargaron con su cuerpo y lo condujeron al campamento.

2

— ¡Oh, Kire el Noble, rey de los shantuks! ¿Puedes recibirme?

Kire el Noble asintió, displicente. La jornada había sido dura: doce horas de cabalgar incesante destrozaban a cualquiera. Estaba Kire el Noble recostado en su jergón, únicamente asistido de su fiel lugarteniente Kabal.

Kabal asistía a Kire desde que éste era niño. Tratábase de un hombre especialmente corpulento, de peluda faz y manos toscas. Kire le había visto más de una vez despedazar enemigos comunes sin ayuda de arma alguna. Aquellas manos poderosas constituían una terrible amenaza.

Kire jamás supo el origen de Kabal.

Apareció un buen día junto a él. Kire supo al momento, desde su mente infantil, que se trataba de un amigo. No se atrevió a formular pregunta alguna. Se acostumbró a su presencia y la amistad entre ambos fue cada vez más íntima.

Koort el Mago entró en la tienda.

Tratábase de un anciano menudo, de barbas níveas y ostentosa vestimenta.

—Tú dirás, Mago —dijo Kire—, Toma asiento y explícate. Te ruego, sin embargo, no seas demasiado prolijo. Estoy cansado y esta noche debo acudir a la presencia del Triángulo.

—De este cansancio quería hablarte —dijo Koort—. Tus súbditos están agotados también. Sin embargo, tú y yo conocemos las causas de estas urgencias. No saben nada y entre ellos cunde el malestar.

—Córtale el cuello a quien oigas murmurar. Un pequeño escarmiento será suficiente.

Koort se desplomó junto al jergón de Kire, agotado.

—No es eso lo peor, Kire —musitó—. Los caballos desean tu presencia. Están inquietos y se niegan a comer.

—Kire suspiró.

La raza de caballos telépatas había sido una ayuda extraordinaria para su pueblo.

Aquellos pequeños animales, resistentes y sumamente inteligentes, le habían resuelto multitud de problemas. Sin embargo, su insaciable curiosidad, su eterna sed de saber, constituía en ocasiones un terrible enojo.

—Explícales tú mismo la situación.

—Lo he intentado. Pero no tienen bastante. Quieren que vayas junto a ellos.

—Quieren leerme la mente.

—Exacto.

—Iré mañana.
Koort tuvo un ademán de impaciencia.
—No lo entiendes, Kire. Quieren verte ahora.
—No recibo órdenes de nadie —Kire se enderezó en su camastro —. ¡Soy el rey!
—Si no vas, Kire, tendremos problemas—concluyó tristemente el Mago.
—Ve, Señor —dijo Kabal—. Los caballos deben saber.
Kire se puso en pie.
—Está bien —accedió a regañadientes—. Cuanto antes mejor.
Salieron los tres a la luz de las hogueras. Al distinguir la poderosa silueta de Kire, los caballos relincharon.
Kire anduvo hacia ellos.
El más viejo se le aproximó y Kire colocó su mano sobre el anhelante hocico.
Cerró los ojos.
Los caballos callaron.
Unos pasos más atrás, Kabal y Koort el Mago observaban la escena.
A Koort siempre le había causado una cierta aprensión aquella extraña raza de caballos telépatas. Únicamente su bravo comportamiento en mil y una batallas había conseguido vencer su renuencia.
Kabal, en cambio, habíase convertido en el mejor amigo de los corceles.
Kire el Noble abrió los ojos.
—Ahora ya lo sabéis —dijo en voz alta.
El caballo asintió, silencioso, y se retiró junto a los demás.
—Quiero ver a Nira —dijo Kire—. ¿Cómo se encuentra?
—Está bien, mi Señor—dijo Koort, obsequioso—. Agradecerá tu visita.
Nira era la última esposa de Kire. No era sino una adolescente, apenas una mujer. Su vientre estaba hinchado con el fruto de sus prematuros amores con el rey. Yacía en el jergón de su tienda, rodeada de tres ancianas.
Cuando Kire irrumpió en su aposento, sonrió.
—Bien venido, mi rey—musitó.
Kire colocó su mano sobre el vientre de la muchacha.
— ¿Necesitas algo? Sé que estás cansada.
—Mi cansancio ha desaparecido de repente al notar tu mano sobre mí. También tú estás cansado, mi Señor.
La mirada azul de Kire se enterneció. Su tosca mano acarició las pálidas mejillas de la muchacha.
—Tal vez mañana —dijo— pueda darte alguna buena nueva.

Mientras tanto, descansa.

Nira esbozó una sonrisa.

—Eres muy bueno conmigo —gimió.

Cerró los ojos.

Kire abandonó la tienda en silencio.

—Kabal, que dispongan mi cena —ordenó—. Y tú, Koort, retírate a tus dependencias. Mañana será otro día.

Al rato, el campamento estaba silencioso. Únicamente las patrullas de guardia oscurecían de vez en cuando la luz de las fogatas.

En la soledad de sus aposentos, Kire el Noble intentaba calmar el pánico que le invadía. Era superior a sus fuerzas. Cada vez que debía acudir ante el Triángulo un miedo irracional le atenazaba el cerebro. Y ello era cada vez más frecuente.

La llamada telepática hacía ya varias noches que se producía. Era una orden tajante, ni tan siquiera expresada en palabras. Mientras su pueblo dormía, tenía que desplazarse hasta la Tienda Mágica. Allí, celosamente protegido por su guardia personal, hallábase el Triángulo. Impávido, acorazado bajo la campana transparente, tal y como se lo había entregado Mujik el Sabio, su presunto padre. «Guárdalo con cuidado, hijo— le había dicho pocas horas antes de morir—. Es la Única Fuente de Sabiduría. No le hagas preguntas, sería vano. Cuando desee que tú sepas algo, te ordenará comparecer ante él y mentalmente te lo comunicará. Obedece siempre.»

Kire debía al Triángulo la mayor parte de sus victorias sobre las tribus rivales. Le había aconsejado cuándo debía atacar, por qué flanco, con cuántos hombres. Le indicaba con qué mujeres debía procrear.

Kire debía estarle agradecido.

Sin embargo, en su presencia, su ánimo, forjado en mil cruentas batallas, decaía.

En las últimas semanas, la actividad del Triángulo había sido incesante. Requería su presencia casi a diario.

Primero le ordenó abandonar las montañas y dirigirse a toda prisa al desierto.

Diariamente le indicaba la ruta a seguir.

La última noche le había indicado el lugar dónde debían montar el campamento.

«Vuelve mañana», había dicho.

Kire presentía que aquélla iba a ser una noche distinta.

Cenó, con poco apetito, algunas viandas que le sirvió Kabal.

— ¿Deseas compañía femenina esta noche, mi Señor? —preguntó Kabal, solícito.

Denegó con la cabeza, hastiado.

—Retira esta bandeja—dijo—. Y duerme. Es posible que mañana

sea un día duro.

Ya a solas, se acomodó en el jergón y cerró los ojos.

«Cuando quieras, Triángulo —pensó—. Aquí me tienes.»

Contrajo un sueño ligero y plagado de sobresaltos.

3

En el interior de la nave «ENEIDA CW-5023», inmóvil sobre el planeta, se reanudó la actividad.

Sin aviso aparente, la temperatura empezó a subir, los poderosos motores empezaron a zumbar suavemente y en cada cubículo se encendió una pequeña luz.

El proceso duró alrededor de veinte minutos.

El estuche en que había hibernado Estela fue el primero en abrirse.

Estela parpadeaba, confusa.

Lentamente, su cerebro se hizo cargo de la situación y se puso en pie.

Sacudió, inquieta, su larga melena rubia.

Kamovar, adjunto a Capitanía se unió a ella en unos segundos.

—A tus órdenes, Alteza —dijo—. ¿Fueron hermosos tus sueños?

Estela le observaba, altiva.

Kamovar era un individuo pequeño, de rastrera sonrisa, a quien Estela detestaba. Únicamente sus innegables dotes profesionales la habían convencido para aceptarle como compañero de misión.

—No soñé contigo, Kamovar, si a eso es a lo que te refieres. Distribuye a tus hombres urgentemente. No podemos perder el tiempo.

La tripulación se distribuyó rápida y silenciosamente por todas las dependencias. Estela se dirigió, decidida, hacia la Sala de Mandos. Los múltiples monitores parpadeaban intermitentemente.

—Buscadme a Kire el Noble —ordenó.

Las diversas pantallas fueron lentamente fijándose en los principales objetivos.

El más importante de ellos, Kire, apareció en la pantalla principal.

Kamovar consultó su cronómetro.

—El Triángulo está activado. Va a despertarle.

Kire, en efecto, dormitaba apaciblemente.

—Prepara la emisión —ordenó Estela.

Vieron, en la pantalla, como Kire daba un brusco salto en la oscuridad. Le vieron ceñirse la espada y colocarse las botas. Pudieron seguir su trayecto, a través del campamento en sueños, fantasmagóricamente iluminado por la luz de las fogatas.

—Tiene miedo —advirtió Lucius.

Tratábase del miembro más veterano de la tripulación. Sus canosos cabellos delataban lo avanzado de su edad. Estela le dirigió una mirada afectuosa.

— ¡Cuánto sabes! —Exclamó con sorna—. ¿Desde cuándo puedes

leer el pensamiento? A mí misma, desconcentrada como estoy, me resulta imposible.

—Hablo por simpatía —rió Lucius—. Yo, en su caso...

—Callaos —interrumpió Estela—. Está llegando a la Tienda Mágica.

Kire vaciló unos instantes antes de entrar. Le vieron abandonar la espada en la puerta y descalzarse. La guardia le observaba respetuosamente, a una cierta distancia.

La cámara le siguió hasta el interior en penumbras.

La verde Luna se filtraba por los resquicios de la tienda y proporcionaba a su interior una cierta claridad fantasmagórica.

Kire se arrodilló ante el Triángulo.

—Luz —pidió Estela.

El interior de la campana se bañó de una suave claridad rosada.

Estela tomó asiento. A su lado, Lucius le rodeó los hombros con su tranquilo brazo.

—Conexión —añadió Estela.

Cerró los ojos. Sus facciones se endurecieron. Poco a poco, su mente se proyectó en el espacio, buscando la mente de Kire. El láser era su única guía. Captó su súbito bullir de pánico ante el primer contacto.

Era habitual.

Entonces se introdujo, suavemente, en la mente de Kire, procurando tranquilizarlo.

—Soy yo, Kire; sé que me escuchas.

En la pantalla, un diminuto Kire asintió.

—Hoy es una noche importante, Kire. Para ti, para tu pueblo y para nosotros también. Pero antes, debo efectuar en tu cerebro una delicada operación. ¿Estás dispuesto?

El «sí» de Kire fue total, absoluto.

—Te haré daño, Kire. Voy a despertar una parte de tu cerebro que ha estado siempre inactiva. Cuando despierta es doloroso. Sin embargo, entonces sabrás muchas cosas que siempre has ignorado. Y entonces podremos hablar.

«Adelante», pidió Kire el Noble.

Estela no pudo por menos que admirar el arrojo y la valentía de aquel rústico mocetón.

Entonces su mente comenzó fríamente a seccionar, cauterizar, activar y volver poco a poco a la vida a más del cincuenta por ciento del cerebro de

Kire. A toda velocidad para no dañarlo y sin detenerse a considerar el dolor físico que podía producir.

En el interior de la Tienda Mágica, Kire aulló; un aullido sobrenatural, inmenso que procedía de la hoguera de su cerebro.

4

Alguien le zarandeaba fuertemente.

Nice Drummer abrió los ojos.

A la tenue luz de la Luna vio a un tipo alto, de negro cabello rizado y cuidado bigotito.

— ¡Hola! —Dijo aquel tipo—. Me llamo Gable Pintor. Vagabundo, músico y poeta. ¿Cómo te encuentras?

—Mal —respondió Nice, palpándose el plexo.

—Sin duda te dieron con una de esas flechas con punta de plomo. Espera —sus blancos dientes brillaron en la oscuridad—, tengo algo que te aliviará.

Nice le vio hurgar en una mochila de piel. De ella extrajo un tarro de una pomada grasosa de apestoso olor.

—Extiéndela por tu pecho —dijo Gable—. Te hará bien.

Nice obedeció.

Gable le observaba atentamente.

— ¿De dónde sales?

—Oh, bien —replicó Nice—, me apresaron.

—Eso ya lo veo. Volvamos a empezar. ¿Cuál es tu nombre?

—Nice Drummer. Código de Identificación 364625.

—Me importa un rábano tu número de Identificación. ¿De dónde sales?

—Estaba ahí —repuso Nice, indicando las cercanas colinas—. Vinieron hacia mí y, sin decir palabra, me atizaron.

—Ya entiendo —dijo Gable. Soltó una risotada en la oscuridad—. Apostaría que ni tú mismo lo sabes. Surgiste de la nada, como los gnomos.

— ¿Gnomos? ¿Quiénes son los gnomos?

—No importa.

Un caballo relinchó en la noche.

—Noto —dijo Nice, palpándose la cabeza— algo muy extraño. Una rara sensación aquí —indicó su frente.

—Dios mío —dijo Gable, desconcertado—, ¿no serás telépata?

— ¿Telépata? ¿Qué es eso?

—Si lo eres pronto lo averiguarás —prometió Gable—. Ellos sí lo son.

— ¿Ellos?

—Los caballos. Pueden leer tu pensamiento. Y el mío. Si eres telépata lo habrán detectado.

—Vamos a verlo —dijo Nice, incorporándose.

—Ve con cuidado —advirtió Gable—. Los guardianes no se andan con chiquitas —asió a Nice del brazo—. ¡Eh! ¡Mira!

La Tienda Mágica brillaba en la oscuridad con rosada fosforescencia.

«Algo importante está pasando», pensó Nice.

La guardia se aglomeraba junto a la puerta de la Tienda, sin atreverse a investigar lo que sucedía realmente. De pronto, la fornida silueta de Kire el Noble se dibujó en el umbral, a contraluz.

Un seco ademán dispersó a los guardianes.

Arrastrándose cuidadosamente, Gable y Nice se aproximaron lo más que pudieron. De entre los guardianes provenía un murmullo creciente de admiración y pasmo. Kire arrojó al suelo su viejo casco astado.

Nice pudo distinguir, con toda claridad un pequeño triángulo fosforescente dibujado en la noble frente.

De todas partes del campamento iba acudiendo gente somnolienta.

Koort el Mago fue el primero en llegar.

Sin necesidad de palabra alguna, Kire le mantuvo a distancia.

— ¡Te has convertido en dios! —gritó Koort, anonadado.

Junto a él, Kabal sonreía en silencio.

A Kire, de pronto, pareció invadirle una ira sobrenatural. Con sus propias manos arrancó de cuajo varios postes que sustentaban la tienda y, tomando una rama en llamas de una hoguera próxima, prendió fuego a la Tienda Mágica. Las llamas brotaron con fuerza.

Kire tomó el Triángulo en su estuche de cristal y, alzándolo sobre su cabeza, lo rompió en mil pedazos contra el suelo.

— ¡Esto ya no tiene ningún significado! —aulló. Una extraña sonrisa cubrió su faz—: ¡El Triángulo soy yo!

Koort cayó de rodillas ante él. Kabal intentó hacer lo propio.

Kire se lo impidió, asiéndole del brazo.

—No te arrodilles ante mí, mi fiel Kabal. Ven conmigo. Tengo cosas que comunicarte.

Dirigiéronse a buen paso hacia la tienda de Kire.

La noticia extendíase como una ola por todo el campamento. El ambiente se llenó de susurros admirativos y no faltó quien alzara una improvisada oración hacia la verde Luna.

Ya en la puerta de su tienda, Kire volvió la vista atrás.

—Os hablaré cuando nazca el día —dijo—. Corred la voz.

Gable sonreía, extasiado.

—Siempre me imaginé que este mozo nos daría alguna sorpresa.

— ¿Qué significa este triángulo en su frente, Pintor? —preguntó Nice.

Gable estaba observándole, silencioso.

— ¿Conoces el nombre de este planeta, chico?

Nice tuvo que admitir su ignorancia.

Gable tomó un frasco de su mochila y bebió un largo trago.

—Están pasando demasiadas cosas al mismo tiempo —barbotó, enjugándose los labios con el dorso de la mano—. Ten, bebe un trago.

— ¿Qué es? —preguntó Nice, indeciso.

—Un tónico alcohólico. No hay que abusar de él.

Nice bebió un sorbo, obediente. El agua de fuego descendió abrasadora por su garganta.

—Está bueno.

—Escucha —dijo Gable—, aguardaremos tranquilos la llegada del nuevo día. Kire el Noble nos comunicará sus noticias. Advierte, mi apreciado desconocido, que no nos dirá toda la verdad sino lo que él juzgue oportuno. En cualquier caso, podremos extraer nuestras propias conclusiones. Y estate preparado. Es posible que consigamos huir, aprovechando la confusión que sin duda se producirá.

—No me has dicho por qué te apresaron —dijo Nice.

—Tú también me ocultas tu procedencia —Gable se encogió de hombros—. No importa. Si logramos escapar tendremos una larga conversación tú y yo.

5

Kire entró en su tienda, seguido de Kabal.

— ¿Por qué no me avisaste? —preguntó.

Kabal se mantenía a una cierta distancia.

—Las cosas ocurren cuando deben ocurrir, mi Señor. No es bueno precipitarlas. Por otra parte — sonrió tristemente—, tú sabes más que yo ahora. Únicamente he cumplido la misión que me encomendaron.

Kire se le aproximó y palmeó su espalda.

—Y muy bien, por cierto. ¿Guardas tú mis nuevas ropas?

—Ya están dispuestas, Señor.

En efecto, sobre el jergón yacía el plateado uniforme y las botas negras.

Kire despojóse de sus viejas vestiduras y se enfundó el flamante uniforme de comandante de la Flota Intergaláctica.

—Tráeme un ponche caliente —ordenó—, y déjame solo. Debo estudiar la estrategia para el ataque de mañana.

Rasgó los anticuados y primitivos planos en mil pedazos. En su mente estaban reproducidos otros, mil veces más exactos y fiables. En su cerebro flotaba una cierta reminiscencia del inmediato dolor. Su nueva mente emergía, poderosa y cruel a un tiempo. Su mirada era exacta, detectando realidades que antes no percibía. Era consciente de que, lentamente, incluso su físico experimentaba imperceptibles variaciones, fruto de su nueva personalidad.

Envió sus pensamientos hacia la «ENEIDA».

«Gracias, Estela, mi princesa. Ya advertís que estoy dispuesto.»

En la nave, una suave sonrisa se dibujó en el rostro de Estela.

Al advertirla, quienes la rodeaban suspiraron aliviados.

— ¿Todo fue bien, Alteza? —preguntó Lucius, atento.

Las facciones de la bella muchacha estaban todavía crispadas. En su frente iba menguando el fulgor del Triángulo.

—Éxito completo —musitó, agotada—. La operación ha sido un éxito

Ocultó a todos, sin embargo, lo más maravilloso: aquella mente nueva que había contribuido a reactivar era mucho más poderosa de lo que jamás hubiera imaginado.

Y la nueva personalidad que esa mente contribuiría a definir, la del hombre más atractivo que Estela hubiera conocido jamás.

Mujik el Sabio había hecho las cosas bien.

Y Estela se sabía inequívocamente, indefectiblemente, enamorada para siempre de Kire el Noble.

Afortunadamente para sus más íntimos sentimientos, la mente de Kire tardaría aún un cierto tiempo en estallar plenamente y, por el

momento, no podría adivinar aquella pasión inagotable que palpitaba en su pecho.

No importaba.

Si era necesario, Estela sabría dárselo a entender por métodos más primitivos y drásticos.

—Alteza—dijo Kamovar—, ¿cuáles son los planes?

—Tomad el mando —dijo Estela—. Yo descansaré un par de horas. Después visitaré al Bebé y trazaremos el plan de acción.

— ¿El Bebé está bien?

—Está simplemente activo —repuso Estela—. Regula el funcionamiento de toda la Flota. A su manera, está descansando.

Kamovar y Lucius la siguieron con la mirada. Lucius leyó el deseo en los ojos de Kamovar.

—Eso ni lo sueñes —dijo, secamente.

—Es bellísima —tartamudeó Kamovar, turbia la mirada.

—Si adivina tus pensamientos te cortará el cuello —advirtió Lucius.

Sonreía Kamovar, equívocamente.

—Jamás ha intentado penetrar en mi mente. Sé que le da miedo.

—Algún día, sin poderlo evitar, no tendrá más remedio que hacerlo. Y ese día, Kamovar, ese día... No quisiera estar en tu pellejo.

Los dos soles despuntaron y el campamento cobró vida.

Nice dormía apaciblemente.

Gable Pintor, por el contrario, no había pegado ojo en toda la noche. Sabía demasiadas cosas para que los últimos sucesos no le hubieran puesto en guardia. Tal vez, reflexionaba, hubiera llegado el momento del Gran Desquite.

De manera que empleó todo aquel tiempo en preparar no tan sólo su equipaje sino algunos bártulos que pudieran constituir el pequeño equipaje de Nice Drummer, su nuevo amigo.

El principal problema de una fuga eran, por supuesto las provisiones. Cuidando de no causar ruido, Gable se deslizó hasta el carromato de Laia, la vieja bruja responsable de la Intendencia de la guardia.

La vieja estaba durmiendo, resoplando pesadamente.

Gable la despertó de inmediato retorciéndole la ganchuda nariz.

La vieja soltó una maldición.

—Escucha, vieja —susurró Gable—, no hagas ruido. Es posible que este amanecer necesite provisiones.

— ¿Qué piensas hacer, hijo de los infiernos? —preguntó la vieja, malhumorada—. ¿Fugarte otra vez, acaso?

—Es posible —admitió Gable—. Sabes que, de vez en cuando, es necesario. Acuérdate de Vartuum.

Laia lo recordaba. Días antes de una de las más sangrientas

batallas que los shantuks habían mantenido contra los Mendigos del Irai, Gable había desaparecido.

El mismo día de la batalla regresó con toda la información necesaria para obtener la victoria. Se la transmitió en su carro, entre susurros y bajo la promesa más estricta de no dar a conocer su identidad.

Laia comunicó la información a Kabal y éste, a su vez, a Kire.

Kire habíase quedado estupefacto.

—Todo esto ya lo sé —había murmurado—. Pero, ¿quién más lo sabe y cómo?

Laia atusóse el canoso cabello y dirigió hacia Pintor una mirada maliciosa.

—Recuerdo Vartuum, Gable —dijo—, así como otras ocasiones. Eres un tipo raro. Tendré que vigilarte más atentamente.

Gable sonrió.

— ¿Entonces?

—Necesitarás monturas —advirtió Laia.

—Eso está resuelto —dijo Gable—. Tengo un cómplice.

— ¿De quién se trata?

—Un muchacho, apenas un niño. Le apresaron ayer.

— ¿Es de confianza?

—Si se trata de quien yo creo —Gable se atusó el bigotillo— es dinamita pura.

Quedó convenido que, al despuntar la aurora, Laia tendría dispuesto en su carromato víveres suficientes para dos personas y tres días.

Gable regresó a su vivac y estuvo disponiendo sus cosas hasta que la suave luz del amanecer distendió las facciones de Nice Drummer y le hizo abrir los ojos.

Al ver los preparativos de Gable Pintor, Nice preguntó:

— ¿Nos vamos ya?

Negó Gable.

—Antes quiero oír lo que Kire el Noble tenga que decirnos.

Kire el Noble compareció ante su pueblo a los pocos minutos. Los shantuks, al advertir su cambio de indumentaria, prorrumpieron en exclamaciones.

Kire el Noble se dirigió al centro del campamento, junto a los caballos, seguido de Kabal y Koort el Mago.

— ¡Pueblo de shantuks! —gritó—. Sé que estos días os preguntabais la razón de este rápido e intempestivo viaje de las montañas hasta aquí. Pues bien, escuchad: a un día de camino, está Baal el Dorado, la ciudad de los arghanos.

La gente empezó a chillar salvajemente.

— ¡Pues bien, pueblo shantuk! —Gritó Kire—. ¡Afilad vuestras

armas y disponed vuestras monturas! ¡Mañana atacaremos!

El griterío tornóse ensordecedor. Cientos de toscas manos blandieron sus armas y el cielo de los dos soles se estremeció.

— ¡Viva la guerra! —gritó Kabal, enardecido.

—Lo que yo esperaba—constató Gable a un atónico Nice—. Estate dispuesto. Salimos zumbando.

— ¿Huimos de la guerra?

—Jamás me pierdo una bonita guerra, hijo —sonrió Gable, siniestro—. Lo que ocurre es que suelo hacerlas a mi manera. Con excelentes resultados, todo hay que decirlo.

Recogieron furtivamente sus exiguos equipajes y se dirigieron hacia los caballos. Los guardianes, enardecidos, apenas sí repararon en ellos.

—Huelen la sangre arghana —constató Gable—. Están como borrachos—. Nice caminaba dócilmente, a su lado—. Dirígete a aquel caballo castaño. Es el más viejo. Coloca tu mano sobre su hocico.

Nice preguntó:

— ¿Debo expresar algún deseo?

—No es necesario. Él sabrá adivinarlo. E incluso es posible que te reconozca.

Nice se frotó el entrecejo.

—Tengo dolor de cabeza.

Gable insistió:

—Haz lo que te digo.

A los diez minutos y habiéndose proveído de los víveres que Laia había dispuesto, Nice y Gable abandonaban el campamento, a lomos de sendas monturas, sin que nadie reparara en ellos.

6

En Baal el Dorado, la reina Artesa tuvo un despertar tempestuoso.

Sobre la tenebrosa ciudad, se acumulaba una espesa tormenta que nada bueno presagiaba.

Artesa, la reina, yacía sobre su inmenso lecho de plata y seda, rodeada de espejos y plantas exóticas, traídas expresamente de las lujuriantes montañas de las antípodas.

No era lo que pudiera considerarse una belleza, ni tan siquiera según los insólitos criterios estéticos de su propio pueblo.

Como todos los arghanos, su cuerpo era una espesa masa de carne negroazulada y viscosa. Su cabeza, una vejiga moldeable, rellena a medias. Abundaba en agujeros respiratorios, ornados de blandos tentáculos sensibles.

Exudaba un apestoso aroma.

Había estado toda la noche haciendo el amor con los más apuestos componentes de su guardia.

En los intervalos se masturbaba.

Y aún no había quedado satisfecha.

Sus aullidos llegaban a todos los confines del majestuoso palacio azul.

— ¡Temblad, malditos! —gritaba—. ¡Sobre vosotros descenderá la ira de los Dioses! ¡Me tenéis olvidada en mis aposentos y juro por Arghan que vais a arrepentiros!

Multitud de doncellas, pertenecientes a su servicio personal, irrumpieron en su habitación.

—Estamos aquí, oh, Gran Artesa —exclamó apresuradamente Vaina, primera doncella—. Estamos velando tu sueño.

Ahogó un eructo.

—Tengo hambre —gruñó—. Un apetito infernal.

— ¿Me permites algunas sugerencias? —preguntó Vaina.

Artesa se incorporó, pesadamente.

—Escogeré yo misma mi desayuno —dijo—. Abrid las ventanas.

El aire era espeso, irrespirable.

Artesa salió al balcón que daba al patio interior.

En él bullían un centenar de prisioneros, de todas las razas: habían shantuks, Mendigos de Irai e incluso algunos kellarines, procedentes de los Doce Mundos de Xao.

Artesa indicó a uno de ellos.

—Subidme éste mismo —ordenó—. Me apetece algo picante.

Instantes después, el indefenso kellarin fue llevado ante la Reina que nuevamente se había acomodado en su cama trono.

El kellarin, bajo, robusto y de piel verdosa, como todos los de su

raza, temblaba de miedo. Sus ojos protuberantes giraban dentro de sus órbitas, enloquecidos.

La reina Artesa emitió un gruñido de placer.

Los guardianes asieron al kellarin, cada uno por un brazo y lo lanzaron sobre Artesa. Ésta había ya extendido su cuerpo y ciñó al infeliz en su mortífero abrazo. El kellarin gemía, de espanto y dolor, mientras su cuerpo se iba bañando del espeso jugo gástrico de la reina arghana. Súbitamente Artesa empezó simultáneamente a desgajar sus miembros y a succionarlos.

Los aullidos fueron creciendo de volumen hasta llenar la estancia.

Mientras ello ocurría, las doncellas dirigidas por Vaina ordenaban la habitación y limpiaban cuidadosamente los restos de la noche anterior.

Los gritos de la víctima cesaron de pronto.

La reina engullía cuidadosamente su cabeza, arrancada de cuajo.

Como quiera que el proceso digestivo de los arghanos era casi inmediato, de algunos de sus tentáculos manaban simultáneamente los excrementos ya perfectamente digeridos.

Tratábase de una espesa mezcla de olor nauseabundo, color azul marino.

Alguien llamó insistentemente a la puerta de la Real Cámara.

— ¿Quién es? —preguntó Vaina.

—Orlando, Comandante en Jefe de los Ejércitos arghanos —respondió una voz dura y cortante, acostumbrada a dar órdenes.

—Aguarda un momento —pidió Vaina—. La reina está desayunando.

—Que entre —dijo Artesa, entre eructos—. Debo hablar con él de inmediato.

Vaina abrió la puerta.

El comandante Orlando se introdujo en la habitación.

Su estatura, como la de todos los machos arghanos, era inferior a la de las hembras si bien algo en sus ademanes y especialmente en su voz, revelaba bien a las claras su condición militar.

—A vuestros pies, Alteza —dijo.

— ¿Sabemos algo del fugitivo? —graznó la reina.

—De eso precisamente quería hablaros —respondió Orlando, visiblemente cariacontecido—. Cuando se descubrió la fuga, como sabéis, efectuamos cálculos aproximados de la distancia que podía haber recorrido. Enviamos naves patrulla por toda la zona.

— ¿Y el resultado?

—Nulo, Alteza. Como si se lo hubiera engullido la tierra.

— ¿No pudo haber huido en algún medio de transporte?

—Conocéis tan bien como yo los detalles de su desaparición, mi reina—dijo el comandante, fatigado—. Ninguno de nuestros controles

detectó la aproximación de objeto alguno a nuestras instalaciones. Simplemente hallamos su celda abierta, que no forzada, y sus vestiduras en el suelo. Al rato, sonó la alarma general. Alguien atravesaba la puerta principal. Todas nuestras indagaciones al respecto fueron vanas. Para mayor rareza…

—Continuad —apremió Artesa, impaciente.

Las sirvientas estaban limpiando su lecho de los excrementos del desayuno.

El comandante observaba aquellas actividades con un cierto disgusto. El difunto rey Karol, padre de Artesa, no hubiera jamás expuesto públicamente sus intimidades con tal impudicia.

—… Estuvimos buscando huellas en todos y cada uno de los lugares posibles. No había huella alguna. Talmente como si hubiera huido por los aires.

— ¿Buscasteis en el desierto?

—No nos alejamos excesivamente —admitió Orlando. Las doncellas rociaban la habitación de finas esencias para borrar el apestoso aroma que aún impregnaba el ambiente—. De hecho y como quiera que Vos estabais ocupada, consultamos con el Predictor.

— ¡Ese viejo charlatán! —acotó Artesa, malhumorada.

—Él nos recomendó no alejamos en demasía de la base. Como bien sabéis, hace un tiempo que viene augurando un ataque enemigo. De otro lado, también desconozco la importancia real del fugitivo en cuestión, mi Señora.

Artesa pidió un pequeño espejo ante el cual acicalarse.

—Era un ser humano, por supuesto —confirmó—. Mi padre nunca fue muy explícito acerca de su verdadera identidad. Era un príncipe o algo así, cautivo en la guerra del Gran Fuego, cuando todavía era un niño. Mi padre consideraba que era un excelente rehén y que, mientras estuviera en nuestro poder, la Flota Intergaláctica se cuidaría muy mucho de atacarnos. En cualquier caso —murmuró distraída—, tampoco le doy más importancia que la que tiene. No es preciso dramatizar. Únicamente me preocupa el enigma de su desaparición.

—Únicamente hay una explicación posible, Alteza.

— ¿Sí?

El comandante Orlando vacilaba.

—No quisiera acusarles sin fundamento, pero… Tal vez los lightloose…

La reina se incorporó de su lecho, súbitamente alarmada.

— ¿Los lightloose? ¡Imposible! Nuestro Tratado de Paz sigue en plena vigencia.

—No estoy tan seguro, Alteza. Únicamente ellos pudieron introducirse en las mazmorras de palacio sin que nadie advirtiera su presencia, desconectar el cierre electrónico de la puerta y, haciéndole

levitar, conducirle más allá de nuestro alcance.

— ¡Me niego a admitir semejante posibilidad! — aulló Artesa, enfurecida.

—No podemos descartarla, en cualquier caso.

—Desde que fírmanos el Tratado no hemos tenido problema alguno con los lightloose. Sería insólito tamaña injerencia en nuestros asuntos.

—Los lightloose firmaron el Tratado con ciertas reticencias —matizó el comandante—e introdujeron en el mismo algunos condicionamientos. El más importante fue que, en caso de que el mantenimiento de alguna de las clausulas contraviniera de alguna forma su Ética Fundamental, la que guía su misma existencia, aquella clausula no sería tenida como válida.

—Es decir, se reservaban el derecho de hacer en cualquier momento lo que se les antojara —resumió Artesa.

—Efectivamente, Alteza. Los lightloose son enormemente astutos.

La reina tuvo un gesto displicente.

—Esta conversación me fatiga. En cualquier caso, si el muchacho en cuestión llegó hasta el desierto, en él perecerá. No encontrará ni alimentos ni posibilidad de vida alguna. Idos, comandante. En cuanto al Predictor...

— ¿Sí, Alteza?

—Enviaré por él en cuanto haya reposado un poco. Quiero que me explique un poco más las causas de sus siniestros augurios.

El comandante Orlando se inclinó levemente y, sin dar nunca la espalda a la reina, abandonó la habitación.

Cuando la puerta se cerró, no pudo por menos que exhalar un suspiro de alivio.

La presencia de la reina alteraba su habitual temple.

En efecto, la muerte del rey Karol había estado rodeada de extrañas circunstancias. Su presunto cadáver fue hallado terriblemente desfigurado. Únicamente el testimonio de su propia hija permitió identificarlo.

Artesa dispuso su inmediata incineración, antes incluso que el Predictor pudiera indagar las causas de su muerte.

Al día siguiente, Artesa se autocoronó y empezó a dictar caprichosas disposiciones que consternaron a sus más fieles.

El comandante Orlando, que había luchado en varias ocasiones, codo a codo, con el difunto monarca, habíase permitido expresar algunas reservas sobre el asunto al Predictor. Éste siempre había obviado el tema e incluso, en una ocasión, le había advertido suavemente.

—Debes servir a la hija como hiciste con el padre, Orlando. En ocasiones, las relaciones familiares entre nuestros monarcas son más

complicadas de lo que parecen. Olvida, hijo mío, olvida. No permitas que viejos fantasmas lleguen a poner en peligro tu cuello.

Mientras se dirigía a sus aposentos particulares, al comandante se le despertó un insaciable apetito, fruto, sin duda, de los nervios.

—Enviadme un par de prisioneros —ordenó a su guardia personal—. Algo suave. Un par de shantuks, por ejemplo.

De un tiempo a esta parte su estómago no admitía veleidades.

7

La Gran Sala Maternal, estaba en silencio y prácticamente en penumbras.

Estela se introdujo en ella casi subrepticiamente.

El Bebé descansaba en su cuna magnética, aparentemente adormilado.

Estela sabía que no era así.

Aquella poderosa mente infantil dirigía, aun funcionando a la milésima parte de su potencia, no solamente aquella nave sino a toda la Flota Intergaláctica, emplazada a millones de kilómetros.

«Mi propio hermano», pensó.

Un mutante imprevisto, fruto de las radiaciones del Gran Fuego.

Con una potencia mental inimaginable.

Antes de nacer emitía ya órdenes desde el vientre de su madre.

Ahora reposaba en aquella inmensa cuna, rodeado de todos aquellos instrumentos que le permitían llevar a cabo su fundamental misión.

Estela tomó asiento ante el monitor del que el Bebé se servía para comunicarse con todos ellos sin dañar sus mentes y se dispuso a esperar. Sabía que el Bebé había detectado su presencia y que en el momento oportuno activaría la pequeña pantalla.

Simplemente, cuando considerara oportuno dirigirle la palabra.

Mientras aguardaba, Estela reconstruía con agrado su primer contacto con Kire. Hubiera deseado no perderlo. Sabía sin embargo que ello era imposible.

De un lado, Kire necesitaba tiempo para irse acostumbrando a su nueva mente y a los nuevos criterios que su nueva personalidad comportaba, así como para asimilar la ingente cantidad de flamante información que poseía.

De otro lado, ella misma, Estela, debía descansar.

Contactos realizados a distancia, aun con ayuda del láser, como el que había efectuado, la dejaban exhausta.

Su mente era capaz de hazañas inverosímiles pero siempre de escasa duración y a través de un esfuerzo de concentración tal que, en muchas ocasiones, se había temido por su vida.

Observó al Bebé, guarecido tras la oscuridad, y no pudo menos que experimentar una cierta envidia.

«Será un dios», pensó.

Cuando el Bebé se convirtiera en adulto, su mente sería capaz de ordenar gran parte del Universo sin el menor esfuerzo.

«Tal vez —pensó Estela, medio adormecida— tal vez entonces sea posible la paz.»

Durante largo rato cabalgaron en silencio. El trote acompasado de los caballos adormecía las mentes. De otro lado, Nice Drummer estaba todavía acostumbrándose a su propio cuerpo y a su propia mente.

Con el rabillo del ojo espiaba de vez en cuando a su compañero de viaje.

Gable Pintor le inspiraba una confianza inaudita. Viéndole cabalgar a su lado todos los temores parecían desvanecerse. De su boca emanaba un suave silbido, melodías que Nice jamás había escuchado y que, sin embargo, se le antojaban ya extrañamente familiares.

El vagabundo montaba con soltura, a diferencia de Nice Drummer. Su cuerpo se acompasaba perfectamente al trote rítmico de su montura. Nice, por el contrario, sentía el traqueteo de sus huesos y, al rato, sus músculos estaban doloridos y rígidos.

Cuando los dos soles rojos alcanzaron su cénit, se detuvieron para realizar un pequeño condumio.

Nice se estiró con alivio sobre la ardiente superficie.

— ¿Estás cansado? —preguntó Gable.

Nice asintió con un gesto.

—Eres muy poco comunicativo —parloteaba alegremente Gable mientras disponía las viandas—. Espero que ésto te reponga las fuerzas y despierte tu buen humor.

—Aath—dijo Nice, convencidísimo.

Gable le envió una mirada penetrante.

— ¿Cómo dices?

—Aath. Es el nombre de este planeta.

— ¿Cómo lo has recordado?

—No lo sé —Nice agitó su cabeza, desconcertado—. Simplemente ha explotado en mi mente.

—Este es, efectivamente, el planeta Aath. Antiguamente propiedad de la Confederación Intergaláctica. Hasta el día del Gran Fuego.

—No entiendo nada—murmuró Nice, confuso.

—Mientras comes —Gable le tendió un platillo de apetecible aspecto —te explicaré algunas cosas que tal vez puedan servirte de ayuda. Pero antes tienes que explicarme las razones de tu presencia aquí.

Nice le puso al corriente de su llegada.

—Únicamente tengo conciencia de mi nombre y de mi código de identificación —terminó—. ¿Sabes algo que pueda ayudarme?

—Nada en concreto—dijo Gable—. Algunas conjeturas que prefiero no explicitar, por el momento. En cualquier caso, posiblemente esta noche, tengas la respuesta a alguna de tus dudas.

— ¿Esta noche?

Gable masticaba con apetito. Le tendió un recipiente.

—Bebe.

Nice lo observaba con desconfianza.

— ¿Es el tónico alcohólico que me diste a probar?

—Es agua —dijo Gable. Tuvo una sonrisa maliciosa—. El tónico lo guardaremos para facilitar la digestión.

Nice bebió un largo trago de la cantimplora.

—Esta noche ——dijo Gable, retomando la conversación— conocerás a unos seres insólitos y maravillosos. El pueblo de los litghtloose.

—Pensaba que íbamos a Baal el Dorado.

—Así es —confirmó Gable—, pero efectuando un ligero rodeo. Pernoctaremos en la tierra de los pantanos. Allí viven los lightloose.

— ¿Seremos bien acogidos?

—Sin duda. Me conocen bien. Es más, yo diría que esperan nuestra visita. Me da en la nariz que son los responsables tanto de tu inesperada aparición en el desierto, justo a tiempo de encontrarte nuestra caravana, como de tu bloqueo mental. Pero no adelantemos acontecimientos. Puedo explicarte algunas cosas sobre mí, en el ínterin.

Nice le observó con curiosidad.

—Habla —rogó.

—Bien —sonrió Gable—. Soy posiblemente el único terrestre que hayas visto en tu vida. Y te advierto, pocos más tendrás ocasión de ver.

— ¿Terrestre?

—Hijo del planeta Tierra, origen de la raza humana.

—Tú y yo somos idénticos.

—No diría yo tanto —observó Gable—. Pertenecemos a la misma raza, eso sí. La Tierra, por causas que no vienen al caso, se convirtió en inhabitable para la inmensa mayoría de los moradores del planeta. El género humano tuvo que buscar otros lugares donde establecerse. Afortunadamente los medios técnicos, bien que rudimentarios en aquella época, lo hicieron posible. El éxodo fue masivo.

»Sin embargo, algunas familias no quisieron correr el albur. Decidieron quedarse y aprovechar los escasos medios de subsistencia que la Tierra proporcionaba todavía. Yo soy descendiente de una de esas familias. Y tú, sin duda, de alguna de las que emigraron. Miembro importante, me imagino.

— ¿Qué te indujo a abandonar tu planeta?

Gable se encogió de hombros.

—Afán de aventuras, supongo. Por la Tierra pasaban periódicamente naves de reclutamiento. Cuando cumplí los dieciséis años me alisté en una de ellas. Pensé que como soldado de la Flota

Inter— galáctica tendría ocasión de conocer mil mundos, de atisbar mil civilizaciones, de perfeccionar, en definitiva, mi condición de ser humano.

— ¿Lo conseguiste?

—No puedo quejarme —confirmó Gable—. Sin embargo, no precisamente como miembro de la Flota.

— ¿Por qué no?

—Mi carácter, apreciado muchacho, mi especial idiosincrasia. Te lo dije el día que nos conocimos. Soy vagabundo, músico y poeta. Odio la disciplina. El trabajo excesivo me asusta. Soy un aventurero de profesión.

— ¿Cómo viajas de un planeta a otro?

Gable extrajo de su mochila el frasquito de tónico alcohólico y bebió un largo trago.

—Normalmente a bordo de naves comerciantes. Tengo una cierta facilidad negociadora y algunas habilidades manuales. Mis necesidades son mínimas. Únicamente la libertad —inhaló una bocanada de aire cálido— me es imprescindible.

— ¿Qué haces en este planeta, qué haces en Aath?

—Es una larga historia.

Nice advirtió que las facciones de su compañero se nublaban y temió haber tocado un punto excesivamente íntimo.

—No tienes porque contestarme, si no quieres — se apresuró a decir.

Pintor agitó la cabeza.

—No tiene importancia. Tengo una misión que cumplir.

— ¿Alguien te la ha ordenado?

Sonrió Gable amargamente.

—Yo mismo me la he impuesto. Te explicaré. Hace ya muchos años, en mi primera visita a este planeta, conocí a una muchacha adorable. Era hija de una familia de colonos terrícolas establecida aquí. Se llamaba Esther. Yo era joven y estaba lleno de proyectos. Nos enamoramos y decidí quedarme. Pensábamos fundar una familia.

— ¿Y bien?

—Entonces se desató la invasión arghana, la guerra del Gran Fuego. Esther cayó prisionera. Yo pude huir a bordo de una de las últimas naves de la Flota que abandonó el planeta. Sabía que no había esperanza.

Gable hizo una pausa para echarse otro trago al coleto.

Su mirada habíase tornado triste y oscura.

—Tiempo más tarde, en la colonia perdida de los zetsoides, conocí a una persona, un kellarin, que había conseguido escapar del desastre. Durante un tiempo había sido prisionero de los arghanos, en aquel tiempo dirigidos por el rey Karol, hoy fallecido. En las prisiones

de palacio había conocido a Esther, mi esposa. Pudo explicarme las circunstancias de su muerte.

Los músculos de la mandíbula de Gable Pintor estaban rígidos. Nice no se atrevía a pronunciar palabra.

—El rey Karol tenía una hija, Artesa. Ella rige hoy los destinos del pueblo arghano.

— ¿Fue ella quien...?

—Los arghanos son carnívoros, se alimentan de carne fresca. Mi pobre Esther fue devorada en el transcurso de una de las orgías de Artesa.

— ¡Cielo santo!

Gable humilló la cabeza. Su voz tomóse apenas inteligible.

—No fue eso lo peor —terminó en un murmullo—. Esther estaba embarazada.

El silencio se podía cortar con un cuchillo. Nice posó una mano sobre el hombro de Gable. Éste alzó la cabeza. Unas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Entonces decidí volver —barbotó— y vengar la muerte de Esther y del hijo que llevaba en sus entrañas. No fue fácil pero conseguí llegar hasta aquí. Conozco este planeta como la palma de la mano. Estuve en las montañas, he habitado en el desierto.

— ¿Siempre con los shantuks?

Denegó Gable.

—Únicamente cuando me interesa. Al principio, cuando deseaba tranquilidad y alimentos gratis. Habrás comprobado que los shantuks no son sanguinarios. Respetan la vida de sus prisioneros. De otro lado, pronto comprobaron que yo era inofensivo y aceptan mis esporádicas apariciones como un juego. Más tarde, comencé a interesarme por Kire el Noble.

— ¿Por qué?

—Habrás comprobado que él no es shantuk. Es humano.

Nice asintió.

—Eso me extrañó desde el primer momento —corroboró.

—De otro lado yo conocía la leyenda de Mujik el Sabio. Era un shantuk centenario cuyas proezas durante el Gran Fuego, en lucha con los arghanos, cruzaron fronteras. Él fue quien apadrinó a Kire.

— ¿Kire es un superviviente del Gran Fuego?

—Kire es algo más que eso. Pienso que es un retén que la Flota abandonó aquí, bajo los cuidados de Mujik, en espera de que llegara el momento. ¿Viste la transformación que se operó en él tras su visita nocturna al Triángulo? ¿Viste cómo lo destruyó más tarde? ¿Oíste sus palabras? « ¡El Triángulo soy yo!» dijo. Y su frente resplandecía.

— ¿Entonces? —preguntó Nice.

—Estoy seguro que hay alguna nave de la Flota Intergaláctica

cerca de aquí. Estoy seguro que la hora del Gran Desquite ha llegado. Y eso no me lo pierdo por nada del mundo —cuadró las mandíbulas—. Artesa es mía.

Se puso en pie y comenzó a recoger los bártulos.

—Andando —dijo—. Para el anochecer quiero estar en la tierra de los pantanos. Allí nos proporcionarán algunos datos que necesitamos saber.

Cuando Nice se aproximó a su montura ésta le saludó con un suave relincho.

Gable reía, por lo bajo.

—Parece que has conseguido un nuevo amigo — apostilló.

8

Cayó la noche.

Nice no se atrevió a formular pregunta alguna y así, siguieron cabalgando en tinieblas hasta que Gable dio una voz y se detuvieron sus monturas. —Acamparemos aquí —dijo.

— ¿Ésta es la tierra de los pantanos?

—Estamos justo en sus inicios. No podemos avanzar más. Seríamos engullidos por las tierras pantanosas en un abrir y cerrar de ojos. Dispusieron, en silencio, un improvisado vivac. —Encenderemos fuego —dijo Gable—. Aquí las noches son frías. De otro lado, nos irá bien comer caliente.

Nice se preguntaba con qué sistema prendería fuego Gable al pequeño montículo de ramas y hojarasca. Un diminuto aparato apareció de pronto en las manos de su compañero.

Con un leve movimiento del pulgar, brotó una llama.

Nice reprimió una exclamación de admiración.

— ¿Qué es esto?

—En toda la galaxia, hijo —repuso Gable—, esto es un encendedor.

Pronto brotaron las llamas reconfortantes.

Nice se estremeció. Gable tenía razón: iba a refrescar.

—Hemos abandonado el desierto.

—Hace un buen rato —asintió Gable—. Unos metros más allá empieza la vegetación. Y con ella, los pantanos.

— ¿Y los lightloose?

—Aparecerán cuando ellos quieran, Nice. Habida cuenta de que son muy considerados, es posible que nos permitan reponer antes nuestras fuerzas.

Gable tenía razón. Cenaron tranquilamente un espeso caldo que la vieja Laia les había suministrado en un pequeño bidón. Caliente y sabroso, a Nice se le antojó néctar de los dioses.

Posteriormente, se arrebujaron en sus mantas y aguardaron.

Al rato, Nice comenzó a distinguir unas siluetas débilmente iluminadas. Eran mitad libélulas, mitad ángeles. No se acercaron en demasía y, sin embargo, Nice podía adivinar sus facciones pequeñas y delicadas, el acompasado movimiento de sus alas.

Notó el impacto de sus vocecillas en su mente.

—Bien venido, príncipe Nice— le decían a coro.

— ¿Príncipe yo? —preguntó estupefacto.

Oyó la voz de Gable.

—Salud, bellas y nobles criaturas.

—Bien venido, Gable.

— ¿Le habéis desbloqueado? —preguntó Gable refiriéndose a Nice.

—No, por el momento —contestaron—. Podría ser contraproducente.

—Es el príncipe de Solonia.

—Efectivamente, Gable. Capturado por los arghanos y mantenido como rehén.

— ¿Fuisteis vosotros quienes me liberasteis? preguntó Nice.

—Efectivamente— Nice pudo percibir un cierto rumor de sonrisas en la oscuridad—. Fue muy fácil. Te hicimos levitar por el desierto hasta el punto convenido. Debías encontrarte con Gable Pintor.

— ¿Cómo abristeis la puerta de mi prisión?

—Esto es obvio —contestaron los lightloose, suavemente—. Observa.

La fogata volvió a prender e iluminó nuevamente el pequeño campamento.

Las risillas crecían.

—Es fácil —afirmaron.

— ¿Hay cerca alguna nave de la flota? —preguntó Gable.

—Por supuesto. Tus pensamientos son acertados. Viene al mando, como comandante, la princesa Estela, hermana de Nice.

— ¿Una sola nave, contra toda la flota arghana? — exclamó Gable, atónito.

—El Bebé está a bordo.

Gable silbó, para sí.

A sus oídos, en sus viajes incontables, habían llegado extraños rumores que hablaban de un bebé prepotente, nacido en Solonia, mutante e insólito producido por las radiaciones absorbidas por su madre durante el Gran Fuego.

—Así que es cierto —musitó.

—En efecto, Gable. Sus poderes mentales son inmensos pero aún han de desarrollarse plenamente. Sin embargo, su sola presencia garantiza las mayores probabilidades de éxito en el gran desquite.

—Es una jugada muy peligrosa —recriminó Gable—. Su vida peligra.

—Lo sabemos e intentamos evitarlo. Fue imposible. Se trata de una decisión personal.

— ¿De quién?

—De él mismo. Él decide.

—En cuanto a nosotros... —sugirió Nice.

—Seguiréis los planes de Gable. ¿Qué tenías pensado?

—Entrar en la ciudad por la Puerta de los Mendigos. Una vez allá recabar información y esperar acontecimientos.

—Nice irá recordando su cautiverio poco a poco, Gable. En un

momento determinado, recordará un pasadizo secreto que conduce a las habitaciones de la reina Artesa.

— ¿Yo? —preguntó Nice, atónito.

—Fuiste conducido a su presencia varias veces, Nice. Nadie sabe por qué, no se atrevió a devorarte. Imaginamos que pensó que, vivo, le serías de alguna utilidad.

Gable aprobaba con la cabeza.

—Es un pasadizo secreto que parte de las mazmorras —dijeron los lightloose—. Tendréis que introduciros en ellas.

—No nos será difícil —terció Gable—. Tengo amigos ahí dentro.

—Y la labia fácil —sonrieron los lightloose—. Confía más en ella que en tus amistades. La mayoría han muerto.

Gable se mordió los labios.

—No te aflijas, Gable —dijeron las extrañas criaturas, leyendo sus pensamientos—. La hora de tu venganza ha llegado.

—Me habéis ayudado mucho —musitó Gable—. Llegaron hasta mí rumores de que habíais firmado un tratado de paz con los arghanos. Me sentí traicionado.

—Introdujimos una cláusula que, en la práctica, convertía el tratado en papel mojado. Nos comprometimos a respetarlo siempre que no afectara nuestros principios éticos.

Gable sonrió.

—Eso es tanto como no firmarlo.

Se produjo un silencio.

—Ahora, descansad —dijeron los lightloose—. Ya os hemos dicho cuanto debíamos. Únicamente — por vez primera, las vocecillas vacilaron— hay un pequeño problema.

—Decidme.

—En la nave hay un traidor.

Nice ahogó una exclamación.

—Su nombre es Kamovar y es el lugarteniente de la princesa Estela. Ella lo ignora.

— ¿Cómo es posible?

—Está especialmente bloqueado. De otro lado, aun cuando Estela desconfía de él, el Bebé no se ha pronunciado.

— ¿Entonces? —dijo Gable.

—Cuando esté al corriente de los planes de ataque abandonará la nave y se dirigirá hacia Baal el Dorado para informar a la reina Artesa.

— ¿Qué debo hacer?

Un nuevo instante de vacilación. Finalmente un mensaje, ligeramente más potente que los anteriores, pero igualmente exacto y preciso llegó hasta la mente de Pintor.

—Intercéptalo, Gable. Y mátalo antes de que hable.

Se hizo el silencio.

Nice advirtió como las suaves formas iban lentamente, desvaneciéndose.

Desde muy lejos les llegó el último mensaje de los lightloose.

—Buenas noches. Y suerte.

AI instante la noche quedó desierta.

— ¡Una experiencia inolvidable! —exclamó Nice.

Gable se aprestaba a conciliar el sueño.

—Es una raza de filósofos —explicó—. Son apenas corpóreos. Se refugian en la tierra de los pantanos para evitar todo contacto físico con las demás razas. Son muy vulnerables. Se trata, posiblemente, de la especie más inteligente del Universo. Están en vías de extinción por su dificultad de reproducirse. En cualquier caso —Gable se tendió bajo su embozo— son la bondad personificada.

Una leve vocecilla, ya lejana, horadó sus mentes fatigadas:

«Los dioses te bendigan, terrícola».

Gable sonrió y quedó dormido.

9

Prestas ya a partir las tropas de Kire el Noble, éste recibió en su tienda una misteriosa visita.

Burlando la vigilancia de Kabal, Laia la bruja se introdujo en la tienda de Kire. Éste, al verla, no pudo evitar una exclamación de sorpresa.

— ¡Laia! ¿Qué haces aquí?

La vieja le indicó que bajara la voz.

—Tengo algo que decirte, Kire —susurró—. Gable Pintor se ha fugado.

Kire rompió a reír.

— ¡Esto no es ninguna novedad! —exclamó. ¡La inminencia de la sangre le pone nervioso!

—No menosprecies a Gable, noble Kire. No es un cobarde. Simplemente sus armas son otras.

—Estoy seguro —rió Kire—. Su arma predilecta es el tónico alcohólico que siempre le acompaña, su famosa agua de fuego. ¿Cuándo partió?

—De madrugada. Le acompañaba un muchacho.

Kire inquirió:

— ¿Muchacho? ¿Qué muchacho?

—Un chico desconocido que las patrullas capturaron ayer. Un muchacho extraño, de nombre Nice.

Kire tuvo un sobresalto.

— ¿Nice? ¿Nice Drummer?

—Efectivamente.

— ¡Imposible! —Gritó Kire—. Se halla en las mazmorras de la reina Artesa, en Baal el Dorado, en calidad de rehén. ¿Te dijo su código de identificación?

— ¿El qué?

—Un número —pidió Kire, impaciente—, un número de identificación.

—Sí, efectivamente. Lo que sucede es que no lo recuerdo. Lo recita muy rápido, de carretilla.

— ¿Tres, seis, cuatro, seis, dos, cinco?

Laia arrugó el entrecejo.

—Es posible, no lo recuerdo bien. Me extrañó su insistencia en repetirlo cuando le pregunté su nombre.

— ¡El príncipe Nice, libre! —murmuró Kire, estupefacto—. ¿A dónde dices que se dirigían?

—Eso venía a comunicaros —continuó la vieja, satisfecha del efecto causado aunque ignorando la importancia de su descubrimiento

—. Gable me indicó que pensaba dirigirse a Baal el Dorado.

— ¿Llevando a Nice con él?

—Eso me pareció —admitió Laia—. Dijo que, antes de entrar en combate, aguardéis en la almena principal del gran portón, la aparición de una bandera roja con una estrella en el centro.

— ¡Increíble! —Musitó Kire—. La antigua bandera de la Confederación...

La vieja no entendía nada. Estaba sin embargo, satisfecha. Había cumplido la misión que Gable le encomendara. Humilló su frente ante Kire el Noble.

—Si no deseáis nada más, mi Señor...

—Puedes irte —concedió Kire, distraído.

De nuevo a solas, le invadió un desconcierto creciente.

«Ese Gable Pintor sabe demasiado», pensó, malhumorado.

¿Y qué significaba la imprevista presencia de Nice en su campamento? ¡Por todos los dioses! Había tenido en su mano al príncipe Nice, hermano de Estela y había sido incapaz de retenerlo. Al contrario, había permitido que se introdujera de nuevo en la boca del lobo, en compañía del maldito payaso de Gable.

Pensó que, concentrándose, podía enviar un mensaje hacia la nave, en un desesperado intento de contactar con la princesa Estela.

Pero el tiempo apremiaba.

Por el momento tendría que arreglárselas solo.

— ¡Kabal! —llamó.

Su hombre de confianza compareció, presuroso.

— ¿Has visto entrar a Laia?

Kabal sonrió tristemente.

—La he visto salir, mi Señor. No sé cómo demonios se las ingenió para entrar sin ser vista.

— ¿Es cierto que ayer, miembros de la Guardia, apresaron a un joven?

—Cierto, oh, Kire. Le descubrieron merodeando por el campamento.

— ¿Por qué nadie me advirtió de ello? —gritó Kire, congestionado.

—No pensé que tuviera importancia, mi Señor. Era sólo un muchacho.

Kire pensó que su antiguo sistema de seguridad dejaba mucho que desear.

Sin embargo no dijo una sola palabra. No era el momento de soliviantar a su fiel Kabal con revelaciones inoportunas.

Le preguntó:

— ¿Está dispuesta la tropa?

Kabal asintió.

—Todo a punto, mi Señor.

—Traed mi caballo.

Al punto el blanco corcel estuvo junto a su tienda.

Los shantuks, montados en sus pequeñas cabalgaduras prorrumpieron en vítores al reconocer a su jefe, insólita silueta plateada sobre el inquieto caballo.

— ¡Adelante! —gritó Kire, a pleno pulmón.

El gran momento había llegado.

10

El Predictor asomó cautamente la cabeza por la puerta.

— ¿Dais vuestro permiso, Alteza?—emitió, con su cascada vocecilla—. Tengo entendido que deseáis verme.

—Adelante, Predictor —animó la reina, sorprendentemente de buen talante—. Deseo veros, en efecto. Pasad y tomad asiento.

El Predictor no se hizo rogar y se instaló a los pies del inmenso lecho.

— ¿Qué deseáis de mí?

—Dejadnos solos —dijo la reina Artesa, dirigiéndose a sus doncellas. Estas desaparecieron por la puerta de servicio, entre risitas y contoneos.

—He hablado con el comandante Orlando —dijo Artesa—. No parece excesivamente tranquilo. Me ha dicho que le estáis hinchando la cabeza con vuestras aburridas profecías de inminentes guerras y futuras desgracias. ¿Qué hay de cierto en eso?

—Quisiera creer que mis temores son infundados, mi reina. Sin embargo, a medida que el tiempo pasa, se ven día a día confirmados.

— ¿Por ejemplo?

—La extraña fuga del príncipe Nice, sin ir más lejos.

Artesa ahuyentó aquellos temores con un gesto displicente.

—Tonterías —dijo—. El muchachito no era sino un estorbo. De no ser por la cabezonería de mi difunto padre, ya lo habría devorado. Habría sido un excelente festín, un príncipe de la Confederación, para cualquiera de mis fiestas. Ya sabéis, sin embargo, que mi padre juzgaba muy importante mantenerlo como rehén. Lo único que me asombra es el modo en que desapareció.

—Eso sólo tiene una respuesta, mi reina —dijo el Predictor.

— ¿Los lightloose?

—Por supuesto.

—Esto me irrita. No se firma un Tratado de Paz para traicionarlo a las primeras de cambio.

—Los lightloose son un pueblo muy astuto, Alteza. Y hasta el momento no habíamos tenido dificultad alguna con ellos. Su cambio de actitud es significativo.

— ¿Qué queréis decir?

—Sus conocimientos son inmensos. De otra parte telépatas. Es posible que posean determinada información que les haya obligado a tomar partido.

— ¿En contra nuestra?

—Efectivamente.

—Eso es absurdo. No es necesario que te insista, Predictor, sobre

lo inmenso de nuestro poderío. Sabes tan bien como yo, que en las afueras de Baal el Dorado, en nuestro inmenso Puerto Espacial está alineada, en perfecto estado y presta al combate, la mayor Flota del Universo. La misma que, años ha, y bajo las órdenes de mi padre, combatió y arrasó a la Flota Intergaláctica, convirtiéndonos en dueños y señores de toda esta zona. No exactamente la misma, todo hay que decirlo, sino ampliamente mejorada y puesta al día con las últimas innovaciones técnicas de nuestros científicos.

—Eso es cierto —admitió el Predictor—. Sin embargo...

—Seguid.

—Circulan extraños rumores últimamente, Alteza.

— ¿Qué rumores?

—Es posible que el comandante Orlando os lo haya comentado —sugirió el Predictor, cautamente.

—Orlando es un necio —sentenció la reina—. Le mantengo en su puesto únicamente porque sé de su eficacia en combate. En tiempos de paz anda por ahí contoneándose con estúpida arrogancia y haciendo el amor con mis doncellas. ¿De qué rumor se trata?

—Se dice que la Flota Intergaláctica dispone de una nueva y poderosa arma.

— ¿Tan poderosa que ni siquiera nuestro Gabinete Técnico es capaz de contrarrestarla?

—Según me han informado, Alteza, no se trata de un arma convencional.

— ¿Entonces?

—Un mutante —reconoció el Predictor, a regañadientes—, un extraño ser producido sin duda por las alteraciones que el Gran Fuego provocó en el cuerpo de su madre. Es, según parece, un niño, apenas un bebé. Pero sus poderes mentales son tan poderosos que todavía nonato, tomó la dirección de su país y empezó a tomar decisiones. Su madre murió en el parto. Él es...

El Predictor se detuvo, buscando las palabras precisas.

—Continuad.

—Es el hermano menor del príncipe Nice, vuestro ex cautivo.

— ¡Maldición! —Gritó la reina—. Si lo que me decís es cierto, todo encaja. ¡Esos malditos lightloose!

—No es eso todo, Alteza. Una nave de la Confederación, proveniente de Solonia, está estacionada en nuestra estratosfera, hace ya algunos días.

— ¡Infiernos! ¡Nadie me había comunicado esto! ¿Qué más sabéis de esta nave suicida?

—Poca cosa más, Alteza —reconoció el Predictor—. Únicamente supe de su partida de Solonia y de su destino. No sé quién la comanda ni cuáles son sus intenciones. Tenemos, sin embargo, una carta a

nuestro favor.

— ¿Cuál?

—En esa nave viaja uno de nuestros espías. Es adjunto a Capitanía y, sin duda, en estos momentos está recabando información para comunicárnosla en el momento oportuno.

—Eso está bien —murmuró la reina complacida. Estaba fatigada y con deseos de hacer el amor—. Mantenedme informada.

—Así se hará, Alteza.

Cuando el Predictor, tras múltiples reverencias, estaba a punto de abandonar la estancia, la reina tuvo un postrer pensamiento.

—Un momento, Predictor.

—Alteza... —murmuró untuosamente.

—Quiero que habléis con el comandante Orlando y le pongáis al corriente de esta conversación.

—Sí, mi reina.

—Asimismo, comunicadle que la traición de los lightloose no debe quedar sin castigo. Que comande personalmente una expedición a la Tierra de los Pantanos. Cuando regrese no quiero un solo lightloose con vida en este planeta. ¡Arrasadlos!

—Así se hará —dijo el Predictor.

11

Había transcurrido buena parte del día, cuando la princesa Estela hizo acto de presencia en la Sala de Mando.

Venía radiante.

Al verla, Lucius y Kamovar ahogaron una exclamación, tan hermosa estaba.

— ¿Habéis estado con el Bebé, mi princesa?

Estela afirmó.

—No ha sido una conversación excesivamente larga —explicó—. He tenido que esperar a que se le antojara ponerme al corriente. Me pareció —vacilaba—, me pareció que estaba ¿cómo decirlo? ligeramente aburrido.

— ¿Aburrido? —saltó Kamovar, estupefacto.

Estela dirigió una mirada a los miembros de la tripulación que controlaban atentamente los mandos.

—Venid a mi habitación —ordenó—. Os comunicaré el Plan.

Ya en la intimidad del aposento, la Princesa tomó asiento en su mesa de trabajo.

—Según el Bebé, es muy fácil —dijo.

Lucius tuvo un sobresalto.

— ¡Por todos los dioses! —exclamó—. En mi vida he presenciado una aventura tan disparatada como ésta. ¡Una sola nave contra toda la Flota arghana! ¡Y el Bebé lo encuentra sencillo!

—Según él —continuó Estela, ignorando el comentario—, nosotros desencadenaremos el primer ataque. Debe ser por sorpresa y utilizando todas las municiones que sean necesarias. Acto seguido, regresaremos aquí y aguardaremos.

—Con toda la Flota arghana pisándonos los talones —murmuró Lucius, amargamente.

—Es posible. Pero ya sabéis como es él. No tolera contradicciones. Mientras tanto, los shantuks, al mando de Kire, atacarán por tierra.

— ¿Cómo podrán entrar en la ciudad?

—No me lo ha dicho —respondió Estela, intranquila. Pensaba en Kire y en el riesgo que corría.

El Bebé había, naturalmente, adivinado sus pensamientos.

Sin necesidad de consulta alguna, en el monitor habían aparecido las palabras: «A.E.L.N.O.L.E.S.U.C.E.D.E.R.A.N. A.D.A.»

Estela se había ruborizado al sentirse sorprendida en lo más íntimo de sus pensamientos.

Tuvo, incluso, por unos instantes, la sensación de que el Bebé sonreía.

Lucius se puso en pie. Kamovar le imitó.

—Bien —dijo Lucius—. ¿Algo más, Princesa?

—Nada más.

— ¿Cuándo se producirá el ataque, Alteza? —preguntó Kamovar.

Estela le observó con disgusto.

«Algún día —pensó—, abriré tu cerebro y descubriré las sucias ideas que alberga».

Pero el solo pensamiento la estremeció. Tiempo habría, concluida la batalla y de regreso a Solonia, de llevarlo a cabo.

Si es que sobrevivían, claro está.

—A media noche. Justo cuando en Baal el Dorado se produzca el cambio de Guardia —se puso en pie—. Podéis iros —dijo.

Ya sola, tomó asiento nuevamente en su mesa y ocultó el rostro entre las manos.

Sentíase acongojada.

Deseaba ardientemente un nuevo contacto con Kire, pero el Bebé se lo había prohibido expresamente. «N.O.E.S.O.P.O.R.T.U.N.O— había transmitido—. E.S.P.E.R.A.A.V.E.R.L.E.P.E.R.S.O.N.A.L.M.E.N.T.E.E.S.M.E.J.O.R.D.E.J.A.R.L

En ocasiones, a Estela le crispaba la frialdad con que el Bebé actuaba, lo poco que le importaban los sentimientos de los demás.

Algún día, pensaba, el Bebé podría llegar a convertirse en un monstruo manipulador del destino ajeno.

Estela deseaba ardientemente que ello no sucediera jamás.

La alarma general de la nave aulló a toda potencia.

Estela se puso en pie, sobresaltada.

Oyó voces y precipitadas carreras en el pasillo principal.

Abrió la puerta, alarmada.

Lucius llegó hasta ella, lívido.

Le explicó:

—Kamovar ha huido. Ha tomado una Cápsula Individual y ha abandonado la nave, sin dar ninguna explicación. Se dirige a Aath.

Se contemplaron, consternados.

—Era un traidor —dijo Estela.

Lucius humilló la cabeza, sin atreverse a decir palabra.

12

Los dos soles rojos brillaban en lo alto, con todo su esplendor.

Gable y Nice ocultos tras un pequeño montículo, observaban, atentos, al impresionante panorama que Baal el Dorado les brindaba. La imponente ciudad brillaba bajo la luz solar, con reflejos de cristal y acero. En el centro neurálgico del núcleo urbano se alzaba en todo su esplendor el palacio arghano, blanco, blanquísimo, alzándose hacia el cielo en una muestra de orgullo arquitectónico. Se rumoreaba que para su construcción habíanse dilapidado los esfuerzos de los miles de prisioneros hechos por los arghanos en el transcurso del Gran Fuego. Muchos —la mayoría— habían dejado su vida en el proyecto.

El resto habían sido ajusticiados o engullidos por los vencedores.

En cualquier caso, el producto final era maravilloso.

Distante unos kilómetros de la ciudad, estaba el Espaciopuerto.

La sola visión de las naves, perfectamente alineadas, brillando como joyas en medio de un desierto gris, encogía el ánimo. El potencial bélico de aquella Flota era inimaginable.

Nice contuvo el aliento.

Vio que Gable le observaba y sonreía al intuir su desaliento.

—Es una hermosa flota —constató Gable— bien preparada y mejor armada. Lástima que, en unas horas, este hermoso espectáculo dejará de tener sentido.

—No sé si eres un optimista a prueba de bomba o un inconsciente —comentó Nice.

—Un poco de ambas cosas, hijo. Sin embargo, y aunque no lo creas, lo más peligroso de la Flota arghana no son sus naves sino sus pilotos.

— ¿Y eso? —preguntó Nice, extrañado.

—Son pilotos suicidas. En casos extremos, sacrifican sin dudarlo sus propias vidas con tal de destruir un objetivo. Durante el Gran Fuego murieron miles. No les importó. Otros les sustituyeron.

— ¿Una raza de valientes, entonces?

Denegó Gable.

—No es valentía sino tal vez una curiosa forma de egoísmo —dijo —. Entre sus extrañas creencias, figura la de que aquél que muere por su Especie, en el cumplimiento de su deber, es ampliamente recompensado en el Más Allá.

— ¿Son religiosos, entonces?

—Unos perfectos hijos de puta, eso es lo que son —gruñó Gable.

Nice quedó sorprendido del exabrupto. Guardó silencio, sin perder de vista a su compañero.

Al rato, se atrevió a preguntar.

— ¿Eres religioso, Gable? —vaciló, buscando la palabra exacta—. Es decir, ¿crees en algo más que en ti mismo?

Gable dejó escapar un bufido.

—No me vengas ahora con preguntas trascendentes, niñato—, se mordió los labios—. Disculpadme, Alteza. No era mi intención ofenderos.

Nice soltó una carcajada.

— ¿Ahora venimos con ésas? —comentó—. Eres mi mejor amigo, mi más preciado maestro y, de repente, cambias de actitud y te transformas en el más humilde de mis servidores. Escucha, Pintor, si es cierto que soy príncipe de algún lejano lugar, no por ello van a cambiar mis sentimientos hacia ti. Te respeto y te considero mi amigo por encima de todo. Y eso nunca va a cambiar.

—Palabras, palabras, palabras —gruñó Gable.

— ¿Qué es eso?

Aquél explicó:

—Estoy citando un viejo autor terrestre. Ahora dejémonos de parloteo. Observa.

Gable indicaba una pequeña puerta lateral, en las murallas de la ciudad. Dos centinelas montaban guardia junto a ella.

—Ésa es la Puerta de los Mendigos —continuó. Echó un vistazo a la posición de los dos soles—. Dentro de unos minutos habrá relevo de guardia. Será nuestra ocasión. Aprovechando las formalidades del mismo, nos deslizaremos en el interior. Debemos, por lo tanto, tomar posiciones y estar prestos.

— ¿Y los caballos? ¿Y nuestros enseres?

—No te preocupes por ellos. Cuando empiece el jaleo, los caballos emprenderán el camino que juzguen más oportuno. Volverán al campamento o se refugiarán en algún lugar seguro.

—No veo a Kire el Noble y sus shantuks.

—Ni los verás, por el momento —dijo Gable—. Poco conozco los métodos de Kire o se mantendrán ocultos hasta el anochecer. Vamos.

Dicho y hecho.

Fueron descendiendo lentamente hacia las murallas, procurando mantenerse fuera del campo de visión de los centinelas. Nice advirtió, durante el descenso, que Gable únicamente portaba un pequeño estuche de piel, colgado en bandolera. El mango de un pequeño machete asomaba por una de sus extremidades.

— ¿Qué llevas ahí? —jadeó.

—Un machete, un juguete láser y un trapo —respondió Gable, sarcástico—. Lo justo para cumplir lo que debo.

Al rato, alcanzaban las murallas, a unos cientos de metros de los centinelas. Pegados a ellas fueron aproximándose a la Puerta de los Mendigos hasta llegar a tiro de piedra de los guardianes. Allí, ocultos

en una grieta aguardaron pacientemente.

Al rato, la Puerta de los Mendigos se abrió y dos flacos centinelas al mando de un cabo emergieron de ella y se dispusieron a efectuar el relevo. El ritual tenía lugar como a cien metros de las murallas. Las parejas salientes y entrantes se saludaban mutuamente e intercambiaban contraseñas.

Gable aguardó hasta que le pareció oportuno.

—Ahora están deslumbrados por la luz solar —susurró—. ¡Vamos, rápido!

Corriendo casi a gatas se dirigieron hacia la puerta.

Nice no quiso ni alzar la vista. En cualquier momento esperaba escuchar un grito y sentir en su carne el impacto de algún proyectil.

Nada de eso sucedió.

Gable había calculado la distancia justa y, en un abrir y cerrar de ojos, se encontraron al otro lado del portalón.

Pegados a la pared se alejaron cuanto antes del lugar.

Nice respiró aliviado y se enjugó el sudor que brotaba de su frente.

— ¡Estamos a salvo! —exclamó.

—Estamos en el ajo, querido amigo. Ahora, sígueme. Voy a presentarte algunas amistades.

Nice le siguió, sin chistar, por las enredadas callejuelas del suburbio.

13

El comandante Orlando estaba realmente furioso.

Su conversación con el Predictor había resultado de lo más desagradable. Aquel tipo estúpido, constantemente atemorizado, no había tenido suficiente con transmitirle a él sus inverosímiles preocupaciones, un día sí y otro también, sino que había osado implicar a la reina.

Y para postre, la más absurda de las misiones: la expedición de castigo contra los lightloose.

«Orden de Exterminio total», se dijo, malhumorado.

En primer lugar, Orlando no odiaba a los lightloose; tampoco los apreciaba especialmente. Durante toda su vida los había ignorado y esto le había resultado bastante cómodo. En segundo lugar, una expedición de combate no entraba precisamente en sus planes para aquella noche. Tenía prevista una pequeña fiesta particular con asistencia de las más delicadas doncellas y con unos manjares particularmente exquisitos que él mismo había cuidado de escoger en persona. Guardaba, además, en sus aposentos gran cantidad de tónico alcohólico, dispuesto para vencer la resistencia de las doncellas más reticentes. En tercer lugar, el comandante Orlando no menospreciaba a los lightloose y sabía cuán escurridizos y molestos podían ser, si se lo proponían.

En consecuencia, mientras se introducía en su pequeña Flecha Individual, estaba recorriendo minuciosamente el árbol genealógico del Predictor, deteniéndose con especial fruición en los parientes más próximos.

No ahorraba, por lo demás, adjetivos varios. «Viejo Bastardo Enloquecido» era uno de sus preferidos.

«Vanidoso Chivo Caduco» era otro.

Mientras su Flecha Individual le conducía, al mando de la escuadrilla, hacia la Tierra de los Pantanos, procuraba trazar cuidadosamente la estrategia de ataque que le permitiera sorprender a los ángeles—libélulas.

No sin cierta sorpresa, constató que jamás había combatido con ellos.

«Eso lo remediaremos pronto», pensó. «Pronto sabrán esos infelices quién es un comandante arghano en pie de guerra».

Sentíase seguro de sí mismo y de la poderosa nave que tripulaba.

Sabía que únicamente se hacían visibles durante la noche y, en consecuencia, decidió aparcar la flotilla a unos kilómetros del campo de batalla para atacar cuando fuera el momento oportuno, en plena oscuridad.

—Les habla el comandante Orlando —habló por su comunicador automático—. Vayan disponiéndose a aterrizar. En perfecto orden y con el menor ruido posible.

Se sentía satisfecho del metálico sonido de su voz.

14

El anciano Mendigo de Irais, alzó hacia ellos sus ojillos lacrimosos.

—Bien venido, Gable. ¿Un nuevo amigo? —preguntó, indicando a Nice.

— ¿No eras tú el que lo sabe todo? —Se burló Gable—. Deberías conocerle.

—No lo he visto en mi vida, ¿Qué hacéis aquí? Pensaba que habías logrado escapar o que habías muerto en el intento.

—Conseguí escapar —dijo Gable— De eso hace muchos años.

—Demasiados —suspiró el viejo—. En ocasiones me parece que, en esta maldita ciudad, el tiempo no transcurre. Desgraciadamente, mis articulaciones y especialmente mi vista, se empeñan en contradecirme. Estoy viejo, Pintor, al borde de la muerte.

—Te agradezco que me hayas esperado —sonrió Gable—. ¿Tienes un trago?

El viejo hurgó entre sus andrajos. Les ofreció un botellín de dudoso aspecto.

Nice lo desechó, con un gesto. Gable, por el contrario, bebió un largo trago.

Enjugándose la boca con su manga, eructó con fuerza.

—Puro veneno —dijo. Devolvió al viejo su botellín—. Vas a serme de utilidad, Mendigo.

El viejo negó.

—Ya no estoy para según qué trotes. Mis piernas fallan y no veo más que sombras.

—A mí bien que me has reconocido —hizo notar Gable.

—Por el olor, terrícola, por el olor—, el anciano esbozó una mueca maliciosa—. Los Mendigos de Irai somos como perros. ¿No se llaman así vuestros animales domésticos?

—Así se llamaban, en efecto. Tengo entendido que se trata de una especie desaparecida. En cualquier caso. Mendigo, no requiero tu compañía. Únicamente deseo que me informes del modo de penetrar dentro de las mazmorras de palacio, sin llamar la atención.

El viejo silbó.

—Siempre serás el mismo. ¿Qué te traes entre manos esta vez?

—De aquí a unas horas lo sabrás. Ahora contesta ¿puedes recordar el camino?

El viejo bebió un prolongado trago de su propio brebaje.

—Hace tantos, tantísimos años —suspiró—. Apenas si lo recuerdo. Si mi vista me respondiera te conduciría yo mismo. Pero describírtelo es difícil y dudo que me hiciera entender.

—No me falles ahora, Mendigo —cortó Gable—. Hay personas que dependen de mí.

—Hay una solución, tal vez. Mira, en la próxima bocacalle, a mano derecha, tiene su cubículo un kellarin. Su nombre es Zlod. Yo mismo le enseñé ese camino y tengo entendido que él suele utilizarlo con frecuencia. Vende licor a los miembros de la Guardia. Decidle que vais de parte mía. Espero que os ayude.

Gable se incorporó.

—Gracias por todo, Mendigo. Que los Doce Mundos te bendigan.

—Que la suerte os acompañe, terrestre y compañía.

Nice y Gable se dirigieron a la dirección que el viejo les había indicado.

Del interior de la oscura cueva provenía un espeso olor a almizcle, casi insoportable.

— ¡Qué asco! —dijo Nice.

—Ésa es una de las desgracias de esta raza singular —dijo Gable, en tono didáctico—. Ese olor que a ti y a mí nos provoca nauseas, es de los más atractivo para los arghanos. Les excita los jugos gástricos. No hay manjar más apetecible para un arghano que un buen kellarin crudo como aperitivo.

Oteó el interior de la cueva.

— ¡Zlod! —gritó—. ¿Estás ahí? Mi nombre es Gable Pintor y me envía el Mendigo de Irai que tienes como vecino.

El kellarin hizo acto de presencia de inmediato. Sus abultados ojos brillaban con desconfianza.

— ¿Qué deseáis?

—El Mendigo nos ha indicado que tienes acceso a las mazmorras de palacio. Estamos interesados en introducimos en ellas.

El kellarin desapareció, sin decir palabra.

Nice y Gable se contemplaron, estupefactos.

— ¡Kellarin!—gritó Gable—. ¿Nos has oído?

— ¡Largaos! —gritó el kellarin, desde la penumbra—. ¡No quiero hablar con vosotros! ¡No quiero saber nada con terroristas!

Gable apretó las mandíbulas.

— ¡Sal de ahí o entro yo a buscarte! —amenazó—. ¡No tenemos tiempo que perder!

Obtuvo el silencio más absoluto por respuesta.

Gable dirigió una mirada divertida hacia Nice.

—Aguarda un momento —dijo.

Y se zambulló en la oscuridad.

Nice oyó unos extraños ruidos en el interior, un alarido seco y, por fin, nuevamente el silencio.

Éste se prolongaba.

— ¡Gable! —Gritó angustiado—. ¿Pasa algo?

Gable reapareció en el dintel. El kellarin pendía de su brazo mientras el otro mantenía el machete contra la garganta del desdichado.

—Me gusta cazar kellarines —observó Gable, amenazador—. Me gusta cortarles el pescuezo y arrojarlos después para pasto de arghanos.

— ¡No, por favor! —Gimió el kellarin—. ¡No me hagas daño! ¡Te indicaré el camino!

Gable le dejó ir. Cayó como un trapo a los pies de Nice.

Gable exigió:

—Habla.

El Kellarin se frotaba el cuello, vigorosamente. Dirigió una mirada cargada de veneno.

—Eres muy desconsiderado, terrícola —se quejó—. Debes tener más cuidado. Hubieras podido estrangularme.

— ¡Habla, voto a bríos!

—Dirígete a la calle de los Lamentos. ¿La conoces? —Gable asintió—. Una vez allí, verás el signo del rombo sobre una de las casas. Entra en ella, está deshabitada. En la habitación del fondo hay una trampilla que accede a un pasadizo. Él te llevará hasta palacio. La celda a la cual conduce, está desierta también.

Sin decir palabra, Gable y Nice se alejaron. Cuando el kellarin juzgó prudente la distancia que les separaba, gritó:

— ¡Seréis pasto de los arghanos! ¡Que los Infiernos os maldigan!

Desapareció en su cubil.

— ¡Qué tipo tan desagradable! —comentó Nice.

Un penetrante zumbido, cada vez más cercano, provenía del cielo, Gable alzó la vista.

Una Pequeña Cápsula Espacial se aproximaba, velozmente, a la ciudad.

En su morro, Gable distinguió perfectamente la Enseña de la Confederación Intergaláctica.

— ¡Kamovar! —gritó—. ¡Tenemos que interceptarlo!

15

Sin poderlo evitar, en medio de sus shantuks estacionados a media hora de Baal el Dorado, Kire el Noble ejercitó por primera vez sus facultades telepáticas y envió un desesperado mensaje al firmamento.

Mil dudas le atormentaban y, poco a poco, el pánico iba invadiéndole.

Su nueva mente le permitía ver la realidad de las fuerzas que acaudillaba: un andrajoso ejército de enanos fornidos, mal armados y de inteligencia subnormal.

Recordando sus pasadas hazañas, Kire el Noble se preguntaba cómo había podido conseguir tamaños logros con tan escuálido ejército.

Ello le permitía constatar, de otro lado, que la activación de su mente había sido hecha en el momento exacto. Poseedor de todas su poderosas facultades mentales, su vida hubiera sido muy otra. Jamás hubiera osado en erigirse en cabecilla de un grupo desharrapado y débil.

Consecuentemente, no hubiera sobrevivido.

Aquella su mentalidad primitiva, habíale permitido, en cambio, desarrollar su instinto y su espíritu de iniciativa.

«Heme aquí, pues —reflexionaba—, al mando de mil sujetos hambrientos y escarnecidos, dispuesto a desafiar al poder arghano, aquel a quién ni la Confederación Intergaláctica se atreve a desafiar».

Paralelamente al crecimiento de su mente, sus sentimientos habíanse incrementado y aguzado. Sus reflejos eran cien veces más rápidos, su olfato captaba ingente cantidad de aromas, antaño desconocidos, su oído percibía miles de ruidos distintos y la mayoría de ellos preocupantes.

Y su corazón ¡Oh, dioses, su corazón!

Lleno de pánico lanzó su mensaje herido hacia un interlocutor invisible del cual sólo conocía la bondad de sus sentimientos y la certeza de su feminidad.

En la Sala de Mando de la «ENEIDA», la Princesa Estela, aún aturdida por los acontecimientos, captó el mensaje.

Durante unos instantes, dudó en aceptarlo. La prohibición del Bebé, sin ser taxativa, había sido una orden más que un consejo.

«Es él quién me busca —se dijo, buscando una excusa convincente —. Yo no desobedezco al Bebé. Simplemente, presto mi auxilio a un amigo.»

Abrió su mente, buscó y halló la concentración precisa y, en el acto, ambas mentes se encontraron, a medio camino, gozosas de

reencontrarse.

Lo primero que la sorprendió fue el torbellino de sentimientos que acudían en su busca.

Vio por primera vez a Kire el Noble tal cual era en el fondo. Un ser aparentemente potente pero, en el fondo, un hombre joven, solitario e indefenso.

«Cálmate», pensó.

«Lo siento, Princesa, es más fuerte que yo. Por primera vez en mi vida necesito alguien en quien apoyarme.»

«Ten calma —repuso Estela, inconscientemente satisfecha—. Es la lógica consecuencia de tu transformación mental. Por vez primera, tu sentido del riesgo es distinto porque tu inteligencia es mayor.»

«En unos instantes tan sólo me acostumbraste a tu presencia.»

«A mí me sucedió lo mismo»

« ¿Hay novedades?»

«Algunas —admitió Estela—, y no excesivamente agradables. Había un traidor a bordo y ha conseguido huir.»

« ¿Eso quiere decir?»

«Que posiblemente ahora la reina Artesa conozca nuestros proyectos.»

«En nuestra conversación me hablaste de tu hermano Nice. ¿Código de Identificación?»

«Tres—Seis—Cuatro—Seis—Dos—Cinco.»

«Me lo temía. La noticia no sé si es buena o es mala.»

« ¿Referida a mi hermano?»

«Sí.»

Silencio.

«Tú me hablaste de que estaba en poder de los arghanos en calidad de rehén», continuó Kire.

«En efecto.»

«Bien, no sé cómo ni por qué. El caso es que consiguió escapar.»

« ¿Está libre?»

«Estuvo en mi campamento unas horas. Mis hombres lo apresaron mientras merodeaba por el desierto. Antes de que yo tuviera conocimiento de su existencia, se dio a la fuga.»

« ¿Sólo?

«En compañía de Gable Pintor.»

« ¿Quién es ése?»

«Un terrestre medio loco, aventurero y bohemio. Según tengo entendido se dirigían de nuevo hacia Baal el Dorado».

« ¡Por todos los dioses!»

Kire el Noble captó el desconsuelo de la muchacha. Guardó silencio.

No sabía qué decir.

El pensamiento de Estela surgió de nuevo, claro y tajante.

«Dirígete hacia Baal el Dorado, Kire. El ataque va a empezar.»

«Gable Pintor me prometió que franquearía las Puertas.»

«Dudo mucho que semejante payaso lo consiga» pensó Estela, escéptica. «Deberás arreglártelas tú solo, Kire el Noble.»

«De acuerdo.»

«Espera a que ataquemos nosotros. Cuando veas que emprendemos la retirada, será tu hora.»

«A vuestras órdenes, Alteza.»

Haciendo un esfuerzo, Estela cerró su cerebro. Pudo sentir la otra mente palpar desesperadamente en la oscuridad y, por fin, retirarse apesadumbrada.

— ¿Estáis contactando, Alteza? —preguntó Lucius, al advertir la suave fosforescencia triangular en su frente.

—Lo he hecho ya —respondió la princesa, secamente—. Todo está dispuesto ahí abajo.

—Nosotros también, mi princesa.

—Adelante entonces.

Mientras se enfundaba el ceñido mono de navegación y se encasquetaba el casco antirradiaciones con la insignia de Comandante, Estela no pudo evitar que parte del pánico de Kire el Noble hiriese su ánimo.

«Protégenos, Bebé», fue su último pensamiento antes de cerrar la escotilla de la nave de combate.

Instantes después las compuertas de la «ENEIDA» se abrieron y doscientas naves de combate surcaron el espacio en perfecta formación. Objetivo: Baal el Dorado.

Misión: Destruir el Imperio arghano.

16

Había anochecido.

El comandante Orlando decidió que el momento era propicio.

Dio las órdenes precisas a sus hombres y se dispuso a atacar.

La escuadrilla sobrevoló al momento la Tierra de los Pantanos.

La oscuridad era cada vez mayor.

El comandante empezó a distinguir sutiles siluetas levemente fosforescentes y en su cabeza comenzaron a producirse tenues zumbidos.

«Ahí están», pensó.

Centró el mirador automático de sus Lanzaproyectiles en una de ellas y oprimió el disparador.

Un sonido de alta frecuencia, mil veces más penetrante que cualquiera que hubiera escuchado jamás, horadó su cerebro.

Gritó.

Anonadado, vio como el proyectil caía en barrena hacia la cenagosa oscuridad.

Abrió su comunicador automático para impartir órdenes.

Inútil.

Su cabina se llenó de zumbidos en las más variadas frecuencias.

Cerró el interruptor y buscó con rabia otro de aquellos malditos lightloose. Sin duda adivinaron sus deseos pues uno de ellos se situó exactamente ante él.

Sonrió, satisfecho.

Apretó el disparador.

Nuevamente el bestial sonido impactó en su cerebro.

El proyectil siguió infructuoso el camino de su antecesor.

Repitió la operación varias veces consecutivas, con el mismo resultado.

Finalmente, la luz se hizo en su cerebro.

¡Era una trampa!

Había caído en una encerrona.

Maniobró apresuradamente los mandos de su Flecha Individual para alejarse de tan siniestro lugar.

«Sálvese quien pueda», pensó.

De pronto, los motores de su Flecha dejaron de funcionar.

Presa de pánico, pensó en una posible avería.

A través de su visor pude ver cómo, una a una, las Flechas Individuales que componían su escuadrilla iban cayendo hacia los pantanos.

¿Falta de combustible?, se preguntó.

Habían repostado antes de salir de la base.

Golpeó los inútiles mandos de su Flecha, desesperado.

Mientras la Flecha caía aceleradamente hacia el cieno, unas vocecillas gentiles penetraron en su cerebro.

«Seas bien venido a los infiernos, comandante Orlando».

Más tarde fue el golpe brusco contra el fango, y la inconsciencia.

La Flecha se hundió en la cenagosa superficie como todas las otras, sin dejar rastro.

Al instante, la paz más absoluta reinó en la Tierra de los Pantanos.

De vez en cuando, una leve silueta angelical resplandecía brevemente, como un presentimiento.

17

—Tengo que evitar que se entreviste con la reina Artesa —dijo Gable.

— ¿Cómo vas a conseguirlo?

—Aterrizará en la base. El camino hasta el palacio es sencillo pero debe recorrerlo a pie. Haré lo que pueda. Escucha...

Tomó del brazo al príncipe y éste pudo advertir el oscuro temblor que recorría al terrestre.

—Si algo me sucediera, escúchame bien, si algo me sucediera, ya sabes el camino hasta las mazmorras. Una vez en ellas, déjate guiar por tu instinto. Los lightloose prometieron que recordarías el pasadizo secreto que lleva a la cámara de la reina. Inténtalo. Si das con ella, mátala en mi nombre; ¿me lo prometes?

—Te lo prometo, Gable —respondió Nice, asustado.

—Toma —le tendió un pequeño láser dorado—, parece de juguete pero es efectivo. Úsalo sin contemplaciones.

Nice preguntó:

— ¿Y tú?

Una sonrisa sanguinaria se extendió por el atezado rostro de Pintor.

Mostró el machete.

—Tengo suficiente con esto. Y ahora, adiós.

— ¿Dónde vas?

—Tengo algunas cosas que hacer.

Estaba anocheciendo. Un sordo ruido proveniente del Espacio, le cortó la respiración. Pronto distinguió las primeras naves de combate.

—Mira, Nice —dijo—. La Flota intergaláctica ataca. Dirígete a las mazmorras y guarécete en ellas. Suerte.

Desapareció corriendo de la vista de Nice. Éste permaneció aturdido, sosteniendo el arma de oro entre sus manos, sin saber qué hacer.

El cielo era ahora un enjambre de naves de combate. Nice advirtió algunos destellos y pronto empezaron a explosionar las primeras bombas.

Se dirigió, corriendo, a la calle de los Lamentos.

Una vez se hubo cerciorado de que no le seguían, Kamovar aflojó los músculos y se permitió una sonrisa de alivio.

La jugada había salido redonda.

Kamovar había sido educado prácticamente desde su niñez para desempeñar con éxito las funciones de espía. Cautivo de los arghanos tras el Gran Fuego, el Predictor cuidó personalmente de su educación.

Lavaron su cerebro hasta convertirle en un arghano más.

De otro lado, fue pulcramente educado en las más exactas costumbres de Solonia, planeta donde debía ejercer sus actividades.

La planificación fue perfecta.

Hacer carrera en las Fuerzas Solonias, elemental. Estaba permanentemente en contacto con el

Predictor merced a los buenos servicios de comerciantes estelares poco escrupulosos que transmitían los mensajes sin hacer preguntas.

Toda la vida de Kamovar había sido enfocada para un momento como aquél.

Ello le satisfacía. Su odio para con la Confederación no hubiera sido más intenso si hubiera nacido arghano. Odiaba sus costumbres, su cultura, incluso su idioma.

De forma que, cuando fue seleccionado para la expedición, comprendió que había llegado su hora y su satisfacción fue inmensa.

Ansiaba encontrarse de nuevo en el palacio de Baal el Dorado, en presencia del Predictor. Aquél había sido su verdadero padre.

Se regocijaba de antemano de las consecuencias de su traición.

La respuesta arghana al ataque de la Confederación iba a ser terrible.

Tenía previsto solicitar que respetasen la vida de la princesa Estela.

Aquél era un bocado exquisito que únicamente él iba a degustar.

Sonrió al comprobar que ya pensaba de nuevo como un arghano.

Fue inmediatamente interceptado por el sistema de seguridad de la base arghana.

Dio su nombre y código de identificación de los Servicios Secretos.

Al rato le respondieron:

—Todo está correcto. Pista libre.

Tomó tierra con una increíble sensación de placidez, casi descuidadamente.

Ya en Aath, entregó su documentación y, mientras cambiaba su atuendo por una túnica negroazulada, muy al estilo arghano, pidió que le pusieran en comunicación con el Predictor.

Tras unos minutos de espera, la querida y añorada imagen se visualizó en el monitor del Espaciopuerto.

—Bien venido, Kamovar —dijo el Predictor—, ¿Traes noticias?

Kamovar asintió.

—Nuestras peores sospechas se han confirmado.

Están a punto de iniciar el ataque. Únicamente una variación: el Bebé está a bordo de la «ENEIDA».

— ¿Has podido saber algo de él?

—No —dijo Kamovar—. Nos tenían prohibido el acceso a la Gran Sala Maternal.

El Predictor se extrañó.

— ¿Cómo?

—Sus dependencias —explicó Kamovar—. Únicamente la Princesa tenía acceso a ellas.

—No es una mala noticia —consideró el Predictor—. Aprovechando las circunstancias podremos deshacernos de él. ¿Son tan grandes sus poderes como afirman?

Kamovar dudó.

—En Solonia son sólo rumores. Creo que nadie lo sabe con exactitud a excepción de los miembros de la familia. ¿Y el príncipe Nice?

El Predictor tuvo una mueca de disgusto.

—Ese idiota de Orlando le dejó escapar. Por cierto —arrugó el entrecejo—, ya debería estar de vuelta. Partió este mediodía con una sencilla misión. Es un asno —espetó, en un arranque de sinceridad—. Si los acontecimientos le encuentran ausente puede despedirse de su cargo.

— ¿Tomáis alguna iniciativa?

El Predictor negó.

—Hablemos primero con la reina. No quiero atribuirme responsabilidades que no me corresponden. Su Alteza decidirá.

—Es posible que mi huida les mueva a adelantar el ataque —sugirió Kamovar.

—No importa. Venid a Palacio. Avisaré a la reina de vuestra llegada.

—A las órdenes, oh Predictor.

La imagen se esfumó.

—Ya habéis oído —dijo Kamovar al jefe de la guardia—. Llevadme a palacio.

—No hay ningún vehículo disponible —masculló el arghano, con desprecio—. Hemos solicitado uno.

Para él, Kamovar no era más que un miembro de una especie inferior. Un asalariado bien retribuido.

—Es urgente. La reina me espera.

—Un momento, un momento. Debe de estar en camino.

Pocos minutos más tarde, Kamovar se introducía en un pequeño vehículo de tracción neumática. Un arghano le acompañaba, en calidad de chófer. Recorrieron los dos kilómetros que separaban la base de la ciudad en un santiamén.

Kamovar observó que estaba anocheciendo.

«Llegaré con el tiempo justo», pensó.

Ya en el interior de la ciudad, que Kamovar contempló con afecto, la velocidad del vehículo descendió sensiblemente.

De súbito, Kamovar advirtió que la muchedumbre que llenaba las

rúas miraba hacia el cielo con expresión de temor.

—Abre la ventanilla —ordenó al conductor—. Algo sucede.

Despejado su campo de visión, Kamovar miró hacia el cielo.

El bramido de las naves de combate era ensordecedor. Advirtió las lejanas explosiones y, casi instantáneamente, explotaron los primeros proyectiles. Uno de ellos impactó frente al vehículo y éste hubo de detenerse.

— ¡Abre la puerta! —Gritó Kamovar—. ¡Abre la puerta, imbécil!

Salió del pequeño vehículo casi a rastras. El palacio distaba apenas unos metros. La muchedumbre gritaba enloquecida. Algunos arghanos rodaron por el suelo, heridos de muerte y rápidamente empezaron a deshincharse. Un líquido viscoso, de color azul, emanaba de sus cuerpos. Su aroma dulzón impregnaba el ambiente.

— ¡Dejadme pasar! —gritaba Kamovar, histérico.

Repartía codazos, a diestro y siniestro, como un poseso. La multitud habíase convertido en una masa irracional, una densa muralla que se interponía entre él y palacio.

— ¡Abridme paso, idiotas!

Una firme mano le asió del codo.

Se dió media vuelta, sobresaltado.

—Yo os conduciré a palacio, señor Kamovar.

— ¿Tú?

El individuo era alto, vigoroso, de atezada piel. Era, por supuesto, humano.

Un bien cortado bigotito ornaba su labio superior. Su sonrisa parecía indicar calma.

—Estoy al servicio del Predictor, mi señor Kamovar. Venid conmigo. Yo os llevaré junto a la reina.

Kamovar se dejó llevar. Aquel desconocido le inspiraba confianza. Además, conocía su nombre.

Se alejaron de la muchedumbre y se internaron en una estrecha callejuela.

—Éste no es el camino de palacio —objetó Kamovar.

—Se trata de una entrada secreta, construida recientemente —murmuró el individuo.

Presa de súbitas sospechas, Kamovar retardó el paso.

— ¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó, mirando fijamente al desconocido.

—Pintor, mi señor, Gable Pintor—repuso éste, al tiempo que le introducía en un portal abandonado.

— ¡Dejadme ir! —gritó Kamovar zafándose del brazo de Gable. Estaba repentinamente lúcido—. ¡Dejadme ir o llamo a la guardia!

Demasiado tarde.

El brazo de Gable trazó un rápido semicírculo y un limpio tajo se

abrió en la yugular de Kamovar.

Ahogado en su propia sangre que manaba a borbotones, mientras caía al suelo, alcanzó a oír unas palabras sin sentido.

—Recuerdos de los lightloose, mi señor Kamovar.

18

Unos instantes tardó Gable en cerciorarse que su trabajo estaba bien hecho. Acto seguido, enfundando el sangrante machete en su cinturón, abandonó el lugar y se mezcló con la chamuscada y vociferante multitud.

Se dirigió a toda prisa hacia los Portones Principales. De su anterior estancia en Baal el Dorado, Gable sabía de la existencia de una aparentemente inexpugnable caseta, en cuyo interior se hallaban los mandos que accionaban el acceso.

Hacia ella encaminó sus pasos mientras las bombas explotaban a su alrededor y la multitud arghana gemía de desconcierto y dolor.

El espectáculo era dantesco. Las llamas brotaban por doquier.

Mirando al cielo, Gable pudo ver como la Flota Intergaláctica abandonaba la ciudad y se dirigía hacia el Espaciopuerto.

Esquivando cadáveres, llegó junto a la cabina. Estaba medio reventada, envuelta en llamas. Un guardia arghano permanecía junto a ella, con expresión indecisa.

Gable lo rasgó de arriba abajo, como a un saco de patatas y le arrebató el arma.

Él arghano cayó al suelo, envuelto en su propio zumo.

Gable echó una ojeada a la consola. No era excesivamente complicada. Rogó a los dioses que el bombardeo no hubiera afectado el sistema. Apretó el botón rojo y la consola empezó a zumbar. Bajó la palanca principal.

Inmediatamente los Portones empezaron a abrirse.

Un guardia arghano irrumpió súbitamente en la caseta.

— ¿Qué demonios…? —dijo.

Gable le achicharró de una certera ráfaga de su fusil.

Abandonó la caseta y se dirigió a la almena principal. Subiendo la empinada escalerilla, dejó ir una ráfaga. Dos arghanos rodaron por los suelos.

Llegó hasta la cima. El centinela yacía muerto, reventado por una explosión. Gable extrajo del cinto la antigua bandera de la Confederación y, arrancando la bandera arghana, la izó en su lugar. Miró al exterior. Las tropas de Kire el Noble avanzaban a galope tendido, ocultas tras una espesa nube de polvo.

«Buen trabajo», se dijo.

Al darse la vuelta se dio de bruces con un guardia arghano.

Estaba esperándole.

Vio la explosión y se tiró al suelo.

El proyectil impactó en su hombro y desgarró su carne.

Cayó desvanecido.

Kire el Nobel vio la bandera, desafiante, y no pudo evitar un sentimiento de admiración por aquel extraño terrestre.

«Mantuvo su palabra», pensó.

Blandiendo su espada, enardeció a sus tropas.

Entraron en la ciudad a saco.

Los pacíficos shantuks, a la vista de sus opresores, parecieron perder el sentido. Kire jamás los había visto tan sanguinarios.

Las cabezas de los arghanos rodaban por el suelo que al poco no era sino un inmenso charco negroazulado.

Algunos shantuks se hicieron con algunas antorchas y empezaron a prender fuego a los edificios. En breve, la ciudad se convirtió en una inmensa hoguera.

Los shantuks perseguían a los arghanos supervivientes con saña, disparando y vaciándolos como odres de vino.

Algunos guardias supervivientes abandonaron el campo de batalla y se refugiaron en palacio.

Kire el Noble lo advirtió y buscó con la mirada a Kabal.

Éste hizo inmediato acto de presencia.

—Eres mi sombra —dijo Kire.

Kabal sonrió.

—Sí, mi Señor.

Éste ordenó:

—Agrupa de nuevo a los shantuks. Atacaremos el palacio.

Éste brillaba, blanco e incólume en medio del pavoroso incendio.

19

Estela vio, desde su nave insignia, los destrozos que su repentino ataque había causado en la ciudad.

Casi milagrosamente, el palacio arghano había permanecido intacto.

Ahora estaban pasando, en vuelo rasante, sobre el Espaciopuerto en donde la Flota arghana, desprevenida, estaba siendo arrasada.

Sin embargo, la princesa era consciente de que habían destruido apenas un cuarenta por ciento de la totalidad de la Flota.

Y las municiones estaban llegando a su fin.

Por ello, cuando vio las primeras naves de combate arghanas emprender el vuelo, conectó con su comunicador automático.

—Soy la princesa Estela —dijo—. Abandonemos el combate. Todos al «ENEIDA».

Frágil refugio, por lo demás.

Las municiones que restaban en la nave eran escasas.

Y la flota arghana superviviente poseía una potencia similar, cuando menos, a toda la Flota Inter— galáctica.

«Únicamente un milagro podrá salvarnos», pensó desesperada.

O el Bebé.

«En cualquier caso —concluyó Estela— si fracasamos, nadie podrá decir que no lo hemos intentado».

La razón le exigía calma.

El corazón abrigaba una fe ciega en el Bebé.

Y, sin embargo, el pánico habíase apoderado de su espíritu. La única forma de combatirlo era la acción.

La «ENEIDA CW-5023» abrió sus compuertas a la vista de las naves de combate. Una a una fueron entrando silenciosamente en su vientre acogedor.

Estela se despojó de su ropa de vuelo y del casco y se dirigió a toda prisa a la Sala de Mando.

— ¡Por fin, princesa! —exclamó Lucius, aliviado—. ¿Qué tal el combate?

—Encantador —dijo la princesa, tomando asiento. En la gran pantalla podían apercibirse las primeras naves arghanos que venían en su busca—. Hemos causado grandes daños. Me pregunto si servirá de algo.

La flota que se aproximaba era incalculable.

«Y pensar que hemos destruido casi la mitad», pensaba Estela, desesperada.

Lucius preguntó:

— ¿Ha habido víctimas?

—No hemos efectuado recuento alguno —replicó Estela—. Prácticamente ninguna, creo. Les cogimos desprevenidos. Orden de combate. Dentro de poco estarán aquí.

—Está todo dispuesto, Alteza —dijo Lucius—. Lucharemos hasta el límite de nuestras fuerzas.

Estela se puso en pie.

—Voy a ver al Bebé —dijo, nerviosa—. Quiero saber si tiene instrucciones para mí.

Se dirigió a la gran sala maternal y entró en ella como una flecha.

El Bebé pareció contento al verla. El monitor se encendió al instante.

En la pantalla pequeña, aparecieron las primeras palabras:

«B.I.E.N.V.E.N.I.D.A.Á.B.O.R.D.O.H.E.R.M.A.N.A.B.U.E.N.T.R.A.B.A.J.O.»

Estela se sintió emocionada. Era la primera vez que el Bebé la llamaba «hermana».

« ¿Tenemos alguna posibilidad?», preguntó.

«P.O.R.S.U.P.U.E.S.T.O.Q.U.E.D.A.T.E.A.Q.U.I.Y.O.B.S.E.R.V.A.»

«Mi lugar está en la sala de mando», se rebeló Estela

«T.Ú.L.U.G.A.R.E.S.T.A.D.O.N.D.E.Y.O.O.R.D.E.N.E.» repuso el Bebé, secamente.

Estela tomó asiento, fatigada.

Un panel de la pared se abrió y dejó a la vista un inmenso ventanal que dominaba todo el campo de batalla. Cerró los ojos, fatigada. La sola visión de la imponente flota arghana la sacaba de quicio.

Al rato, abrió los ojos.

Las naves arghanas habían rodeado la «ENEIDA» y habían abierto fuego.

Tardó algunos instantes en comprender lo que estaba sucediendo.

Los proyectiles enemigos explotaban mucho antes de llegar a su objetivo. Se dispersaban en el espacio, sin causar daño alguno.

Por el contrario, los guerreros solonios parecían disponer de una excelente puntería. Ni uno de sus disparos erraba el blanco. Todos alcanzaban su objetivo.

Contemplaba, absorta, tamaña carnicería. Una súbita certeza la invadió.

Miró fijamente al Bebé. Yacía en su confortable cuna, suavemente iluminada, entre penumbras. Parecía dormitar apaciblemente.

Estela sabía que no era así.

«Has creado una pantalla protectora alrededor de la «ENEIDA» afirmó más que preguntó.

«S.I.» dijo el monitor.

Ella siguió:

« ¿De qué tipo? ¿Magnética?»

La respuesta fue:

«N.O.D.I.S.P.O.N.E.M.O.S.D.E.D.I.S.P.O.S.I.T.I.V.O.M.A.G.N.E.T.I.C.O.A.I

« ¿Mental?» aventuró Estela, incrédula.

«S.I.» respondió lacónico el Bebé.

«Y, mentalmente también, estás guiando nuestros proyectiles para que encuentren indefectiblemente su blanco».

«S.I.»

La desigual batalla parecía estar llegando a su fin.

El grueso de la flota enemiga estaba abatida. Algunas naves supervivientes se dieron a la fuga.

La batalla había concluido, apenas iniciada.

«Enviaré unas patrullas para eliminar a los supervivientes» dijo Estela.

«S.I.»

Entonces Estela se derrumbó. La tensión nerviosa pudo más que ella y empezó a llorar y reír a un tiempo, mientras se deshacía en puñetazos contra la pequeña consola.

Tomó asiento, exhausta, injustamente encolerizada.

El Bebé guardaba silencio.

« ¿Cómo puedes ser así? —explotó la princesa. Toda su emotividad estaba a flor de piel—. ¿Es que no tienes corazón ni sentimientos? ¿No comprendes lo que hemos sufrido todos?»

«H.A.S.I.D.O.F.A.C.I.L.»

« ¡Fácil para ti, pequeño monstruo! ¿Cómo puedes ser tan despectivo? ¿Es que no eres humano?»

El monitor permaneció vacío unos segundos.

Finalmente, y con visible esfuerzo, se decidió a contestar.

«S. O. Y. M. A. S. Q. U. E. H. U. M. A. N. O.» dijo. Parpadeó unos instantes. «P.E.R.O.T.E.Q.U.I.E.R.O.M.U.C.H.O.»

20

La reina Artesa echaba chispas.

Junto a ella, el Predictor aguantaba el chaparrón como mejor podía.

— ¡Increíble! —Chillaba la reina—. ¡Inverosímil! ¡Todo un servicio de espionaje absolutamente inútil! ¡Nos atacan por sorpresa y nos quedamos con los brazos cruzados! ¿Cómo puede ser eso?

—Os lo advertí, mi reina —graznó el Predictor.

— ¿Dónde está vuestro famoso espía? ¿Aquél que debía suministrarnos todos los planes del enemigo?

—Lo ignoro, alteza. Habló conmigo desde el Espaciopuerto. Incluso me aventuró la posibilidad de un ataque. Le mandé venir aquí —alzó los hombros, en un gesto de impotencia—. Ha desaparecido.

— ¡Desaparecido! —aulló la eximia—. ¡Habrá huido como todos! ¡Caterva de cobardes!

—Yo permanezco a vuestro lado, mi reina— hizo notar humildemente el predictor.

— ¡Sin duda porque eres el más necio de todos! — Bufó la reina, más encolerizada, si cabe—. ¿Y el comandante Orlando? ¿Dónde está el comandante Orlando?

—Le envié en misión de castigo contra los lightloose, Alteza.

— ¿Los lightloose? ¿Quién piensa en los lightloose? Ha debido huir como todos. ¿Quién ha tomado el mando de la flota?

—Ignoro su nombre, mi reina. El oficial de guardia me imagino.

Artesa se desplomó en su lecho, agotada. Rompió en sollozos. « ¡Qué inmenso desastre! —Murmuraba entre hipidos—. ¡Qué infame desgracia!

El Predictor se atrevió a consolarla.

—No todo está perdido, Alteza —insinuó—. Bien es cierto que los daños materiales han sido cuantiosos. Pero el resto de la flota ha salido en persecución del enemigo. Consideremos que, en estos momentos, el enemigo está ya pulverizado.

Llamaron a la puerta.

—No estoy para nadie —dijo Artesa—. Me sería imposible en estos momentos de dolor hablar con nadie que no fueseis vos.

El Predictor acudió a abrir la puerta.

Al verle, un oficial de la guardia real se cuadró ante él.

—La reina no desea que nadie la moleste —advirtió el Predictor —. Desea que respetéis su dolor.

El oficial se encogió de hombros.

—Pensamos que podría interesarle, Predictor. Hemos hecho un prisionero.

— ¿De qué especie?

—Mmmm, terrestre, creo. Abatió a varios de los nuestros y consiguió abrir el portón. Así mismo izó una bandera de la Confederación Intergaláctica. Una señal convenida, supongo. Por allí entraron las tropas shantuks que andan incendiando y saqueando la ciudad. Está malherido. Pensamos que podría ser interesante interrogarlo.

—Lo estoy oyendo todo —bramó la reina desde su lecho—. Traedme al prisionero.

—A vuestras órdenes.

El Predictor enarcó una ceja.

—Pensé que deseabais tranquilidad, Alteza. ¿Creéis que vale la pena perder el tiempo con un miserable terrestre?

— ¿Quién sabe? —Murmuró Artesa—. Puede ser divertido. Hace tiempo que no devoro a ningún terrícola.

—Son ya muy escasos, mi reina —dijo el Predictor—. Son una raza en extinción.

—Precisamente por eso —se relamió la reina—. Exótico manjar.

Gable fue introducido a empellones en la habitación. Su hombro derecho sangraba abundantemente.

Tuvo que hincar la rodilla en el suelo. Las fuerzas le abandonaban.

— ¿Cómo te llamas, terrestre?

Gable la miró y escupió.

—Parece que vamos a divertirnos —comentó Artesa—. ¿Tienes algo que ver en todo este ridículo complot?

Gable guardó silencio.

—Retiraos —ordenó Artesa—. Dejadme a solas con este divertido hombrecillo. Tú también, Predictor.

El Predictor iba a hacer alguna objeción pero al ver el talante de la reina cambió de opinión.

—Si no deseáis nada más… —susurró.

Artesa les ahuyentó con un gesto. El Predictor cerró la puerta a sus espaldas.

—Bien, terrestre —Artesa estaba de buen humor—. Tu llegada ha sido bien venida. Aunque te parezca raro, comenzaba a aburrirme. Tú serás mi experiencia insólita de hoy. ¿Quieres conversar un rato o prefieres que vayamos al grano?

—Vete al infierno —dijo Gable—. No eres más que un saco de patatas relleno de tinta apestosa. En la Tierra servirías para asustar a los niños trabajando en un circo.

La reina Artesa se puso en pie. Su estatura excedía en más de medio metro a la de Gable. Sus orificios se distendieron. Los blanquecinos tentáculos vibraban de placer.

—Voy a chuparte vivo, muchacho —dijo—. Será para ti una experiencia inolvidable. Desgraciadamente también será la última.

Éste intentó ponerse fuera de su alcance pero las fuerzas le abandonaron y cayó al suelo.

Se deslizó pesadamente hacia Gable.

Maldijo en voz baja. Si no le hubieran desposeído de su machete habría vendido cara su piel.

—Ven aquí, guapo —susurró la reina—, ven con mamá.

Gable vio la negroazulada bolsa extender hacia él sus tentáculos. Una parte del extraño ser asió su brazo sangrante y le hizo chillar. La reina emitió un graznido de satisfacción.

Gable dirigió una mirada incrédula por encima de aquella espesa mole, hacia el otro extremo de la habitación.

La reina rió.

—Éste es un truco que se ha quedado viejo. No te preocupes que nadie nos molestará. Nadie será testigo de tu muerte ignominiosa.

Gable chilló.

21

Comprobó con alivio que las instrucciones del kellarin habían sido exactas.

La trampilla que conducía al pasadizo estaba recién engrasada. Sin embargo, el pasadizo estaba completamente a oscuras y, al no disponer de luz alguna, tuvo que recorrerlo a tientas con lo cual el largo recorrido se le hizo doblemente fatigoso.

Se le antojaron siglos los minutos transcurridos hasta que una pequeña escalerilla le indicó que la larga travesía había finalizado.

Ascendió, no sin dificultades, por los empinados escalones.

Hizo presión y una losa se movió suavemente.

Al instante se encaramó a la celda.

Estaba, efectivamente, desierta.

Las mazmorras eran en aquellos momentos un batiburrillo impresionante.

Los presos habían advertido, ante la agitación de sus guardianes, que algo extraño ocurría y sus voces, provenientes de los más lejanos mundos de la galaxia formaban un curioso guirigay.

Nice decidió aguardar unos instantes.

Al rato, los pocos guardianes que quedaban echaron un vistazo a las rejas de las celdas y desaparecieron.

El techo retumbaba con el fragor de las explosiones.

Nice decidió pasar a la acción.

«Irás recordando poco a poco» habían dicho los lightloose.

Se deslizó, pasillo adelante, sin hacer caso de los insultos e interjecciones que le dirigían los atribulados cautivos.

Aquel estrecho pasillo llevaba hasta el cuarto de guardia.

El lugar se le antojó extrañamente familiar.

La mesa estaba desordenada y sucia y las sillas esparcidas, fruto todo ello, sin duda, de una precipitada huida.

Tomó asiento unos instantes.

Eres un niño.

Nice, eres un niño, tienes apenas cinco años.

«La princesa quiere verte, chico», te dice el guardián desde su inmensa altura.

« ¿Qué princesa?»

¿Dónde están mis padres? ¿Dónde está mi hermana?

Dolor, dolor. Explosiones, sangre. Mi madre llora, mi madre está llorando.

Guerra. Fuego.

Lágrimas.

Otro pasadizo.

Una habitación bellamente iluminada. Otro ser odioso, negroazulado, con tentáculos.

La princesa Artesa.

¿Una princesa, aquel ser deleznable?

Una mirada viscosa, sucia.

«Un excelente desayuno». Una voz atiplada, perversa.

Lágrimas.

«Sabéis que es intocable, Alteza».

«Por supuesto, por supuesto. No hacía sino bromear».

Un tacto repulsivo.

« ¿Y esa pequeña cosa es un Príncipe humano, decís?». Burla.

«Lleváoslo. De aquí un tiempo le echaré otro vistazo».

De nuevo la celda. Húmeda. Fría.

Oscuridad.

Nice abrió los ojos. «Recordaras poco a poco y en el momento preciso.»

Buscó en las paredes de la habitación alguna señal, una pista aparente. Piedras y más piedras. Una argolla de hierro.

¡La argolla!

Nice se abalanzó sobre ella. ¿Hacia arriba? ¿Hacia abajo? ¿Derecha? ¿Izquierda? ¿Un giro?

Media pared se deslizó sobre unos goznes invisibles.

Nice dio un grito de alegría.

El pasadizo.

Éste era mucho más amplio y algunas grietas filtraban luz, de modo que no tuvo el menor problema para recorrerlo a toda velocidad. Cuando el trayecto llegó a su fin se encontró con una pared de mármol, fría y lisa.

Y un picaporte.

Simplemente un picaporte.

Empuñando la pequeña pistola con la diestra, giró la falsa puerta con decisión.

La misma habitación de antaño. En el extremo opuesto un arghano enormemente ocupado, al parecer.

Un grito humano.

Nice reconoció la voz de Gable.

— ¡Todo el mundo quieto! —chilló Nice.

El arghano se volvió. Nice captó su vidriosa mirada, su nauseabundo olor.

— ¡Mátala, Nice! —gritó Gable.

Nice apretó el gatillo.

El láser cruzó la habitación como un relámpago.

En el plexo de la reina apareció un enorme boquete del que empezó a manar la papilla azul.

— ¡Sigue disparando, Nice, no te detengas!

Venciendo su aprensión, Nice continuó oprimiendo el gatillo, variando la orientación del arma, sin dejar de avanzar. El cuerpo de la reina Artesa fue disgregándose lentamente. Unos jirones cayeron al suelo. Nice apuntó a la cabeza.

La deforme testa hizo « ¡Puff!» y se deshinchó como un globo.

Nice se precipitó sobre Gable.

—Buen trabajo, chico —musitó éste, trabajosamente—. Y justo a tiempo. ¿Has visto guardias por aquí?

—Vine por el pasadizo —dijo Nice, todavía tembloroso—. No he visto a nadie.

—Sácame por ahí —aprobó Gable, lívido—. Es el trayecto más seguro. Y cierra la puerta detrás nuestro.

— ¿Y los demás? —indicaba Nice la puerta del dormitorio.

—Kire el Noble y sus shantuks cuidarán de ellos.

Hizo un intento de incorporarse. Nice le ofreció su brazo.

—Puedo perfectamente valerme por mí mismo — protestó Gable.

Y perdió el conocimiento.

Una eternidad después, consiguió abrir los ojos.

Lo primero que vio fue el cielo. Un cielo claro en el cual ambos soles rojos brillaban con alegre intensidad. Intentó incorporarse y notó una llama en su hombro.

Gimió.

Al instante, la faz de Nice ocupó su campo de visión. Estaba sonriente.

—Por fin recuperaste el conocimiento —dijo—. Ya era hora. Nos temíamos que te pasaras toda la vida durmiendo.

Como quiera que Gable Pintor no cejaba en su intento de incorporarse, le reprendió suavemente.

—No te muevas. Aún tienes para unos días de reposo.

— ¿He estado mucho tiempo sin conocimiento? — farfulló apenas.

—Veinte lunas, aproximadamente.

Se palpó el hombro. Estaba cuidadosamente protegido por un sólido vendaje.

—Koort el Mago ha cuidado de ti. Te aplicó los dioses saben que extraños ungüentos y te dio a beber pócimas de dudoso aspecto. Pero aseguró que te repondrías y así ha sido.

Gable recordó de pronto.

—Alteza —dijo—, os debo la vida.

Nice, afectuoso, acalló sus muestras de agradecimiento.

—Por supuesto que sí —dijo—. Y yo te debo mucho más que mi vida. En cualquier caso, sigo siendo Nice Drummer.

—Código de Identificación Tres—Seis—Cuatro— Seis—Dos—

Cinco—.

— ¡Buena memoria!

— ¿Cómo acabó todo?

—La victoria ha sido total —comentó Nice—. Algunos fugitivos fueron perseguidos y exterminados. El Imperio arghano es tan sólo un mal recuerdo.

Gable permanecía pensativo.

—Ha sido mucho tiempo hasta el gran desquite.

—Se ha hecho esperar —admitió Nice—, pero nunca es tarde si la dicha es buena.

— ¿Dónde estamos?

—En el campamento de Kire el Noble.

— ¿Dónde está él?

—Anda por ahí fuera. Ha venido a verte con frecuencia. Lo que sucede —Nice dibujó una sonrisa maliciosa—, es que tiene sus propias preocupaciones.

Kire, en efecto, estaba al aire libre, departiendo con Koort el Mago y Kabal.

—Tenéis que comprenderlo —insistía ante el descontento de los otros dos—. Kire el Noble ha muerto. Ahora soy simplemente Erik Clayton, oficial de la Flota Intergaláctica. Y, por supuesto, si me reclaman debo incorporarme a mi destino.

— ¿Qué harán los shantuks sin jefe? —objetó Kabal.

—Tú serás su nuevo jefe. Y Koort colaborará contigo como lo hizo conmigo. ¿No es cierto, Koort?

Koort observaba a su nuevo jefe con sorna.

—Si no hay más remedio… —dijo.

—Ahora, dejadme solo —cortó Erik, adusto—. Necesito reflexionar.

Se alejó, pensativo, del campamento.

«Si me reclaman…»

Desde el fin del combate no había tenido más noticias de la «ENEIDA» ni de Estela que las que portaba Nice, que iba y venía con frecuencia. No osaba intentar contacto alguno, tal vez por un orgullo mal entendido.

«Me habrá olvidado», pensaba. «Ya se sabe que esas princesas son inconstantes y caprichosas.

Alzó la vista y el corazón le brincó en el pecho.

Una cápsula individual con la insignia de la flota se dirigía, en derechura, hacia él.

Se detuvo unos metros más allá.

Vio descender una graciosa silueta femenina, enfundada en el plateado uniforme de la flota.

No fueron necesarias las palabras.

Se fundieron en un apretado abrazo.

Erik saboreó por vez primera aquellos dulces labios que tanto había soñado.

«Te esperaba» pensó.

«Yo te he esperado toda mi vida» respondió ella.

Nuevamente un abrazo insaciable fundió ambos cuerpos más estrechamente si cabe.

Desde el campamento, Koort observaba la escena, con ironía.

«Habrase visto —murmuró para sus adentros—; un villano y una princesa. Antiguamente esto no pasaba».

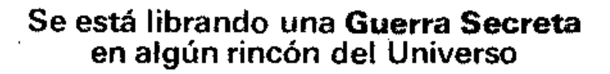
Y se zambulló discretamente en su tienda, para no ver semejante espectáculo.

Una sana envidia le corroía.

FIN

INCLUDEPICTURE "E:\\LIBURUAK\\BILTEGIA\\000 LIBURU ESKANEATUAK\\Galaxia 2000\\Galaxia 2000 Nº 24 Man S. War - Cuando Los Dioses Rugen\\media\\image3.png" * MERGEFORMATINET

INCLUDEPICTURE "E:\\LIBURUAK\\BILTEGIA\\000 LIBURU ESKANEATUAK\\Galaxia 2000\\Galaxia 2000 Nº 24 Man S. War - Cuando Los Dioses Rugen\\media\\image4.png" * MERGEFORMATINET



¡Todos los **superhéroes** participan en ella!

¡Es una guerra a muerte!

Sigue a tus héroes

¡Lucha con ellos en otra galaxia!



De la mano de COMICS FORUM
ya llega la colección



El más clamoroso éxito de **Marvel**.

A-030